115

SERAFIN y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

MARIANELA

BIBLIOTECA TEATRAL

15 PTAS.

PESETAS

BIBLIOTECA
INSTITUTO
DEL TEATRO

BARCELONA

Reg. 23508

BIBLIOTECA TEATRAL
REVISTA DE OBRAS TEATRALES
Director: BENJAMIN BENTURA
Administración: Avenida de José Antonio, 11.-Teléfono: 22-92-02.-MADRID
DONAT DE BAIXA
Año XI Número 155

Marianela

ADAPTACION ESCENICA EN TRES ACTOS
DE LA NOVELA DEL MISMO TITULO
DE PEREZ GALDOS

POR

SERAFIN y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

INSTITUTO
DEL TEATRO
Biblioteca

Estrenada en el Teatro de la Princesa
el 18 de octubre de 1916.

12°
817.4-61 V Alv.

Queda hecho el depósito que marca la ley. Todos los derechos de traducción, reproducción y adaptación están reservados.

"ARBA"-Cicerón, 16-Madrid.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Marianela	Margarita Xirgu.
Florentina	Josefina Santaularia.
Sofía	Rafaela Satorres.
Señana	Pascuala Mesa.
La Mariuca	María de las Rivas.
La Pepina	Vita Giral.
Teodoro Golfín	Francisco Fuentes.
Pablo	José Rivero.
Celipín	Amparo Alvarez.
Don Francisco Penáguilas	Pedro Cabré.
Carlos Golfín	Federico Górriz.
Don Manuel Penáguilas	Francisco Barraycoa.
Sinforoso Centeno	José Lucio.
Tanasio	Ramón Puga.

ACTO PRIMERO

Huerta de la casa de don Francisco Penáguilas, en Aldeacorba, cerca de las minas de Socartes, al norte de España. A la izquierda del actor, la puerta de entrada. Al foro, limitando el paraje, una tapia casi cubierta de madreselvas. Inmediata a ella, una fuente grande. A la derecha se supone la casa-habitación, con la que la huerta comunica. Allá en el fondo, en la lejanía, los campos verdes, las montañas azules. Sillas y bancos rústicos. Es por la tarde en el mes de septiembre.

(La escena está sola. Transcurridos unos instantes, franquea la puerta TEODORO GOLFIN. Es un hombre de mediana edad, de complexión recia, basto de facciones y de mirar osado y vivo. Trae su bastón al hombro y el sombrero en la punta.)

TEODORO.—Adentro, que está la puerta abierta. (*Alzando la voz.*) ¡Ah de la casa! (*Mirando a la derecha.*) ¡Quieto, «Choto», quieto! ¿No me conoces todavía? ¡Buenas tardes, Pablo! (*Pablo responde desde dentro.*)

PABLO.—¡Oh! ¡Buenas tardes, señor don Teodoro! Voy allá. Déjame, «Choto». Anda, vete a buscar a la Nela.

TEODORO.—(*Contemplando a Pablo mientras se aproxima.*) ¡Lástima de muchacho! Belleza varonil, privilegiada inteligencia, suprema sensibilidad... ¡y ciego! La luz que le falta a sus ojos parece como que aviva más y enciende la de su alma. ¡Qué trágicas imperfecciones nos muestra a cada paso la vida! (*Sale PABLO por la derecha. Es un mozo de veinte años, suave, derecho; de cuerpo sólido y airoso; de no-*

ble y serena hermosura; con la cabeza inmóvil y los ojos clavados y fijos en sus órbitas. Se apoya en un palo.)

PABLO.—¡Cuánto bueno por esta casa, señor doctor!

TEODORO.—Ya le dije a usted la otra noche que íbamos a ser muy amigos.

PABLO.—A gran honra lo tengo. (*Se estrechan las manos.*)

TEODORO.—He salido del establecimiento minero con mi hermano y con mi cuñada, y a los cuatro pasos ya se han sentado a descansar a la sombra de un roble. ¡Perezosos! Ahora vendrán. Allí los he dejado. Yo tenía prisa por estirar las piernas, y aquí me tiene usted.

PABLO.—¿Va usted a pasar allá dentro, o llamo a mi padre?

TEODORO.—¿Qué hace por allá dentro el patriarca de Aldeacorba?

PABLO.—Trajinar, como siempre. Cuando no en la huerta, en el pajar, en el gallinero, en el establo, en el corralillo... No sabe estarse quieto.

TEODORO.—Pues déjelo usted en sus afanes. Debe respetarse el trabajo de todo el mundo. Charlemos nosotros, que nada mejor tenemos que hacer por ahora.

PABLO.—Siéntese usted, señor don Teodoro.

TEODORO.—Ahora me sentaré, amiguito. Me agrada curiosear por la huerta. ¡Primorosa la tiene el patriarca! Como a nieta la cuida.

PABLO.—Eso dice todo el que la ve.

TEODORO.—¿Por qué le llaman a su padre de usted el patriarca? Aunque me lo figuro.

PABLO.—Por lo que usted piensa: porque es muy afable y muy generoso, y no hay cuestión entre estas gentes en que él no tercie para arreglarla de buena manera. Es el propietario más respetado del país. De ahí el sobrenombre.

TEODORO.—Nació en esta casa, ¿verdad?

PABLO.—Sí, por cierto. Y a su vuelta de América, adonde fué de joven, cuando tuvo dineros, la remozó y la alegró como usted puede verla. Esta casa infanzona y dos o tres más son todo lo que queda del lugar de Aldeacorba de Suso. Lo demás ha sido expropiado por los explotadores de las minas, en diversos años, para beneficiar el terreno. Todo debajo de nosotros es calamina. Nuestros abuelos vivían sobre miles de millones sin sospecharlo. Y usted, ¿se aburre demasiado en Socartes?

TEODORO.—Yo no me aburro nunca, amigo mío. Sé admirar, y el hombre que sabe admirar no se aburre. Por donde-

quiera encuentro maravillas que me hablan de Dios y de su grandeza. Además, si en Socartes no llevo aún ni seis días, ¿cómo quiere usted...?

PABLO.—Eso sí.

TEODORO.—Anteayer recorrí otra vez con mi hermano casi todo el trayecto que anduve, guiado por usted, la noche que vine.

PABLO.—¿A la Terrible ha vuelto usted?

TEODORO.—Deseaba verla también de día. Y no sé cuándo me ha estremecido más. Es imposible que usted pueda imaginarse, sin verla, lo que es una mina agotada. Bien le cuadra el nombre: ¡la Terrible! Aquellos fantasmas de piedra, informes y espantosos, se me figuran una orgía de demonios petrificados. También estuve en la Trascava.

PABLO.—¡Ah! ¡La Trascava! ¡Tremendo agujero! La Nela y yo, en nuestros paseos, nos sentamos a su borde muy a menudo. La Nela dice y jura que oye palabras; que las distingue claramente... Yo, la verdad, no escucho sino un murmullo interminable, extraño; triste o alegre, creo que según el ánimo que llevo.

TEODORO.—Es claro. Ni con la Terrible ni con la Trascava hago yo buenas migas, no obstante mi curiosidad.

PABLO.—¿Y ha recorrido usted, como aquella noche, algunas galerías subterráneas?

TEODORO.—Todo, todo. Y eso que no he nacido yo para respirar bajo tierra. Prefiero la Terrible, y aun la Trascava misma. Siquiera vemos el cielo encima de nosotros.

PABLO.—Usted, sí. Pero yo, si no fuera porque a veces el aire es escaso y la humedad grande, quizá preferiría a todos los demás esos lugares subterráneos. Como vivo en perpetuas tinieblas, hallo allí cierta compenetración de la tierra con mi propio ser. Paseo por aquellos túneles tenebrosos como usted por las más alegres campiñas.

TEODORO.—(*Observando con atención e interés los ojos del joven.*) Una vez más me hace usted fijarme en su desgracia. ¿Lo han reconocido a usted ya algunos médicos?

PABLO.—Sí, señor. Y no tengo esperanza. Es de nacimiento mi mal. No tengo esperanza.

TEODORO.—¡Quién sabe! ¡Quién sabe, amigo mío!...

PABLO.—No... Y bien comprendo, señor don Teodoro, que la parte más maravillosa del universo es esa que me está vedada.

TEODORO.—¡Quién sabe! A quererlo Dios...

PABLO.—No tengo esperanza.

TEODORO.—Su misericordia es infinita. (*Silencio. El doctor observa aún las pupilas del ciego. Lejos, hacia el fondo, se oye después cantar a Marianela.*)

PABLO.—¿Oye usted, don Teodoro?

TEODORO.—Sí. ¿Quién canta?

PABLO.—La Nela.

TEODORO.—Es verdad. Ya la oí también la otra noche. ¿No se acuerda usted?

PABLO.—Más bien creí que usted no se acordase.

TEODORO.—¿Cómo no? Me interesó mucho esa muñeca. ¡Buen lazarillo tiene usted!

PABLO.—El mejor de todos. Oigala, doctor. ¡Qué ajena está ella a que la escuchamos! ¡Qué voz tan bonita! Oigala usted... (*Los dos prestan oído a la canción unos instantes.*)

TEODORO.—Me gusta mucho la música popular de estas tierras del Norte. No se me olvida una tarde, allá en América, que escuché a un mozo segador una canción parecida a ésa..., tan acariciadora, tan suave..., y me hizo llorar. (*Cesa el canto. Pablo grita, llamando a Marianela.*)

PABLO.—¡Nela!... ¡Nela!... ¡Ven por la huerta, que aquí te espero! (*Al doctor.*) Y mientras viene, con permiso de usted, don Teodoro, yo le voy a avisar a mi padre.

TEODORO.—Yo iré donde él esté, si no...

PABLO.—No, señor, no; mejor es esto. ¿Quién me dice que no anda por allá en mangas de camisa, hecho una facha?

TEODORO.—Si es por eso sólo, voy yo a buscarlo en mangas de camisa también.

PABLO.—(*Riendo.*) ¡Sí que estaría chusco! ¡Qué buen humor tiene usted siempre! (*Se va por la derecha. Golfín saca un cigarro de su petaca, y fuma. Llega poco después MARIANELA. Es una niña que parece mujer, o es una mujer que parece niña. Su cabeza menuda, de cabellos sueltos y cortos, rizados con nativa elegancia, remata con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Su nariz es picudilla y no falta de gracia; negros y vividores los ojos, donde brilla comúnmente una luz de tristeza; la boca, chiquita, sonríe de continuo con aire melancólico. Viste una falda sencilla y no muy larga, y trae descalzos los ágiles y pequeños pies, familiarizados con las piedras y con los abrojos. Todo en su persona revela abandono y pobreza. Tiñe su tez y ropas como un leve y rojizo matiz, no sólo debido al sol y al aire, sino también al polvillo de la calamina. Habla siempre con humildad y modestia.*)

MARIANELA.—Buenas tardes, señor Golfín.

TEODORO.—Ven con Dios, Nela.

MARIANELA.—¿Y Pablo?

TEODORO.—No sé. He sido yo quien te ha llamado.

MARIANELA.—¿Usted?... Pues mi amito le ha prestado su voz, entonces.

TEODORO.—¿La conoces bien?

MARIANELA.—No la confundo con ninguna. No hay otra que mejor me suene.

TEODORO.—Pues espérate, que ahora saldrá él. No he vuelto a hablar contigo desde aquella noche en que me serviste de guía.

MARIANELA.—No, por cierto. Ayer, yendo yo con Pablo, lo vi a usted desde lejos pasar por la cabaña de Remolinos. Iban con usted su hermano, el señor don Carlos, y don Ulises, el jefe de las máquinas el inglés. Y usted llevaba el bastón al hombro y el sombrero allá arriba.

TEODORO.—(*Riendo.*) ¡Mira qué observadora eres, mujer! Así camino mucho.

MARIANELA.—Se lo conté a Pablo y se rió también como usted se ríe.

TEODORO.—¿Qué edad tienes tú, Marianela?

MARIANELA.—Dicen que tengo dieciséis años.

TEODORO. — ¡Dieciséis años! Atrasàdilla estás, hijita. ¿Con quién vives?

MARIANELA.—Con el señor Centeno, el capataz de ganado en las minas.

TEODORO.—¿Y quién es tu padre?

MARIANELA.—¿Mi padre?

TEODORO.—¿No lo has conocido quizá?

MARIANELA. — No me acuerdo de él... (*Con candoroso orgullo.*) Pero dicen que fué el primero que encendió las luces en Villamojada.

TEODORO.—¡Cáspita! ¡El primer farolero!

MARIANELA.—Sí, señor; eso dicen.

TEODORO.—¿Y tu madre?

MARIANELA.—Mi madre dicen que vendía pimientos en el mercado de Villamojada. Era soltera. Me tuvo un día de Difuntos, y después se fué a criar a Madrid.

TEODORO.—¡Vaya con la buena señora!

MARIANELA.—Y a mí me crió una hermana de mi madre, que era también soltera, según dicen. Y mi padre, cuando se iba a farolear, me llevaba en el cesto, junto con los tubos, y con la aceitera, y con las mechas... Un día dicen que subió a limpiar el farol que hay en el puente, puso el

cesto sobre el antepecho, y yo me salí fuera y me caí al río. Pero no me ahogué.

TEODORO.—Ya lo veo.

MARIANELA.—Porque caí entre piedras. ¡Divina madre de Dios! Dicen que antes de eso era yo muy bonita.

TEODORO.—Y ahora también lo eres.

MARIANELA.—Ahora, no; ahora soy un fenómeno.

TEODORO.—¡Muchacha! ¿Hace mucho tiempo que vives en las minas?

MARIANELA.—Dicen que hace ya trece años. Dicen que mi padre me recogió después de la caída; y que cayó enfermo, y que mi madre no le quiso asistir porque era muy malo, y que él entonces se fué al hospital, donde dicen que se murió.

TEODORO.—En paz descanse.

MARIANELA.—Entonces dicen que mi madre vino a las minas a trabajar, y dicen que un día la despidió el jefe porque había bebido mucho aguardiente...

TEODORO.—¿Sabes, hija, que dicen unas cosas de tu padre y tu madre que no hay más que pedir?

MARIANELA.—¡Qué quiere usted, señor! Eso dicen. Y dicen que mi madre se fué entonces a un agujero muy grande que hay allá arriba...

TEODORO.—¿Acaso la Trascava?

MARIANELA.—La Trascava: ese mismo. Y se metió dentro.

TEODORO.—¡Canario! ¡Vaya un fin lamentable! No habrá vuelto a salir.

MARIANELA.—No, señor; allí dentro está. Yo algunas veces la oigo que me llama.

TEODORO.—(*Tomándole cariñosamente la cara.*) ¡Chiquilla! Esas son imaginaciones.

MARIANELA.—No, señor, no; que la oigo.

TEODORO.—Calla, tonta. ¿Y qué haces tú en las minas, Nela?

MARIANELA.—Yo, nada, señor. Si yo no sirvo para nada.

TEODORO.—¿Que no sirves? No seas tan modesta, mujer.

MARIANELA.—Todos lo dicen: que no sirvo más que de estorbo. Y es la verdad: en cuanto cargo un peso, por pequeño que sea, me caigo al suelo. Y si me pongo a hacer una cosa difícil, me desmayo en seguida.

TEODORO.—Todo sea por Dios... Vamos, que si dieras tú en manos de personas que te supieran manejar, ya trabajarías bien.

MARIANELA.—Pero ¿no oye usted que yo no sirvo para nada?

TEODORO.—¿De modo que eres una vagabunda?

MARIANELA.—No, señor, porque acompaño a Pablo.

TEODORO.—Pues ya ves tú si sirves. Parece buen muchacho Pablo.

MARIANELA.—(*Con entusiasmo.*) ¡Madre de Dios! Es lo mejor que hay en el mundo. ¡Pobre amito mío! Sin vista, tiene él más talento que todos los que ven.

TEODORO.—Sí que es muy despejado y simpático. Dime: y a ti, ¿por qué te llaman la Nela? ¿Qué quiere decir eso?

MARIANELA.—Dicen que a mi madre, que se llamaba la señá María Canela, le decían Nela. Yo me llamo María.

TEODORO.—Mariquita.

MARIANELA.—María Nela me llaman, y también la hija de la Canela. Unos me dicen nada más que la Nela, y otros, Marianela.

TEODORO.—Y tu amo, ¿te quiere mucho?

MARIANELA.—Sí, señor; es muy bueno. El dice que ve con mis ojos, porque como yo le llevo a todas partes y le digo cómo son todas las cosas...

TEODORO.—Todas las cosas que no puede ver.

MARIANELA.—Sí, señor; yo se lo digo todo. El me pregunta cómo es una estrella, y yo se la pinto de tal modo con mis palabras, que para él es lo mismito que si la viese. Lo mismito. Y le explico cómo son las hierbas, y las nubes, y el cielo, y el agua, y los relámpagos, y las veletas, y las mariposas, y el humo, y los caracoles, y el cuerpo y la cara de las personas y de los animales..., y lo mismito que si lo viese todo. Y le digo lo que es feo y lo que es bonito, y él dice que se entera mejor que cuando se lo explica nadie.

TEODORO.—Veo que no es flojo tu trabajo. ¡Lo feo y lo bonito! Ahí es nada... Oyeme, Nela: ¿te alegraría a ti mucho que tu amito recibiera de Dios el don de la vista? (*Marianela no contesta nada. Mira con admiración y sorpresa a Golfín, y exclama luego:*)

MARIANELA.—¡Divino Dios! Eso es imposible.

TEODORO.—Imposible, no; difícil, sí.

MARIANELA.—¡Divino Dios! (*Pausa.*)

TEODORO.—¿Sabes leer, Marianela?

MARIANELA.—No, señor. Si ya le digo a usted que yo soy una cosa inútil.

TEODORO.—¡Vaya! ¡Pues yo voy a encargarme de ha-

certe una mujercita de provecho! Y voy a empezar ahora mismo. Ten ahí.

MARIANELA.—¿Qué me da usted, señor?

TEODORO.—Dos duros.

MARIANELA.—¿Para qué?

TEODORO.—Para que te compres unos zapatos.

MARIANELA.—¡Si yo ando bien descalza! Mire. (*Corretea por la huerta.*)

TEODORO.—Pues hay que aprender a andar calzada. ¡Y hasta a bailar, si me apuras mucho!

MARIANELA.—¡Bailar yo con zapatos! ¡Qué risa! En fin, Dios le pague la voluntad. ¡La Nela con zapatos! ¡Madre! (*Por la derecha sale inopinadamente CELIPIN CENTENO, chicuelo de unos doce años, obrero de las minas. En la mano trae una vara. Al hallarse frente al doctor se quita con todo respeto la gorra.*)

CELIPIN.—¡Anda! ¡Qué sorpresa!

MARIANELA.—¡Celipín! ¿De dónde vienes tú?

CELIPIN.—Buenas tardes.

TEODORO.—Buenas tardes, amigo.

MARIANELA.—¿De dónde vienes? ¿Qué se te ha perdido en esta casa?

CELIPIN.—Me mandó madre con unos cacharros para la cocinera del señor don Francisco.

MARIANELA.—(*Al doctor, que mira al chicuelo.*) Este es Celipín, don Teodoro. Celipín.

TEODORO.—¡Ah! Muy señor mío.

MARIANELA.—El hermano pequeño de la Mariuca y la Pepina, y de Tanasio. Los hijos de la Señana y de don Sinforoso, los capataces que me tienen a mí recogida.

TEODORO.—Ya, vamos, ya.

MARIANELA.—Celipín y yo nos contamos muchos secretillos. Porque somos vecinos de alcoba.

TEODORO.—¿Dormís pared por medio?

CELIPIN.—¡Pared por medio dice, Nela! En la cocina de la casa dormimos los dos: yo, en un jergón..., y ésta, como es mujer, entre dos cestas.

TEODORO.—¿Cómo entre dos cestas?

CELIPIN.—Lo que usted oye: entre dos cestas de las que hace Tanasio. Cuando asoma la cabeza para hablar conmigo, me parece un galápago talmente.

MARIANELA.—Pues muy a gusto que duermo allí.

TEODORO.—Y si te acostaran sobre espinas, dirías lo mismo. ¡Pobrecita Nela! Pero, hombre, ¿y mi gente? Ya es

mucho descanso... (*Vase por la puerta de la huerta, impaciente por la tardanza de los suyos. Celipín lo contempla con gran admiración. Cuando desaparece, exclama:*)

CELIPIN.—Míralo, Nela; míralo. Personaje más personaje, ¿lo has visto tú nunca? Pues era más pobre que las hierbas del campo. Y su hermano, don Carlos, el ingeniero, otro personaje. Y los dos son hijos de uno que barría las calles en Madrid. ¡Anda con esa! Ya ves tú si por muy bajo que se nazca, cuando hay carbón en la chimenea, ¡córcholis!, no sube el humo hasta las nubes.

MARIANELA.—¿Por qué me dices eso?

CELIPIN.—¿Por qué ha de ser, Nelilla? Porque cada día que pasa, menos me conformo a ser una bestia. ¡Y mirando a estos hombres!... Celipín no ha venido al mundo para servir de vagoneta en las minas. Si mis padres no me sacan de allí, yo me escapo una noche.

MARIANELA.—¡Madre de Dios bendita! Tú estás loco.

CELIPIN.—No estoy loco, ¡córcholis!, no estoy loco. Es que en las condenadas minas me muero. Allá no somos gentes, somos burros de carga. Sin querer se vuelve uno borrico. Anteayer me miré al espejo de la Pepina y me vi ya las orejas tamañas. ¡Córcholis! ¡A mí no me crecen más las orejas! ¡Yo no paro en borrico! ¿Te ríes?

MARIANELA.—Me hacen gracia tus fantesías, Celipillo.

CELIPIN.—Pues yo algunas noches bien que lloro. Dormida estás tú y a mí me corren lágrimas. ¿Qué trabajo es aquel de las minas? ¿Es de hombres aquello? Coger una cesta llena de mineral y echarla en un vagón; empujar el vagón hasta los hornos; revolver con un palo el mineral que se está lavando... (*A punto de llorar.*) ¡Córcholis! ¡Al que pase muchos años en esos trajines nada más, se le vuelven los sesos de calamina! Yo, no; yo, no. Yo quiero aprender a leer, y a escribir, y a firmar, y a discurrir, y a ser hombre de pesquis. ¿Son estas fantesías, Nela? ¿Son fantesías?

MARIANELA.—No te apures: no llores, Celipe. Tú ya sabes que yo te ayudo, si eres bueno y no dices mal de tus padres.

CELIPIN.—De mi padre no digo yo sino lo que dicen otras personas: que tiene la cabeza lo mismo que el martillo pilón. Y en cuanto a mi madre..., si digo que es avara y más que avara, ¿qué digo yo que no se sepa?

MARIANELA.—Sí, Celipín; sólo que los demás son los demás... y nada les importan tus padres, pero tú eres su hijo.

CELIPIN.—¡Córcholis! ¡Pues no lo parezco! ¿Es trato de hijo este que me dan? ¡Más cuidan a las sesenta mulas que a ti y que a mí!

MARIANELA.—Mira, Celipín, o te callas esas picardías, o no te digo una cosa que va a alegrarte mucho.

CELIPIN.—¿Qué cosa, Nela? Dímela, y no hagas caso de mis maldiciones. Celipín es bueno.

MARIANELA.—¿Cuánto dinero te tengo dado ya?

CELIPIN.—Cuarto a cuarto, al pie de treinta y siete reales. Aquí los llevo muy bien guardaditos en el seno.

MARIANELA.—Pues ensancha el bolso, que ya verás lo que voy a darte esta noche.

CELIPIN.—¿Una peseta, como el otro día?

MARIANELA.—Mucho más. ¡Dos duros!

CELIPIN.—¿Dos duros, Nela?

MARIANELA.—Dos duros, Celipín. Me los ha dado don Teodoro para unos zapatos. Pero yo no quiero zapatos; para ti son.

CELIPIN.—¡Ay, Nela, Nelilla! ¡Qué buena eres! ¡Eres una real moza! ¡Eres más buena que María Santísima!

MARIANELA.—Te los doy porque sé que no son para vicios.

CELIPIN.—No son para vicios, ¡córcholis!, no son para vicios. Son para hacerme hombre de provecho. ¡Porque yo tengo mucho talento, Nela! Me lo siento aquí dentro de la cabeza haciéndome burrumbún, burrumbún, como el agua de la caldera de vapor. A veces, el ruido no me deja dormir. Y yo pienso que son las ciencias, que se me entran y andan ahí dentro volando a tientas como los murciélagos, diciéndome que las estudie. Y las estudio, ¡córcholis!, ¿no he de estudiarlas? ¡Y voy a ser médico, como don Teodoro! ¡A mí no me crecen más las orejas en Socartes! ¡Voy a ser médico! Hasta luego, Nela. No me riña madre si me entretengo demasiado. Hasta luego.

MARIANELA.—Anda con Dios, hombre.

CELIPIN.—¡Tú te alegrarás de protegerme! (*Dicho esto, se quita la gorra, la cuelga a un extremo de la vara que trae, se echa la vara al hombro, y se va por la puerta de la huerta, sintiéndose moral y físicamente un Teodoro Golfín. Este, que vuelve a tiempo de verlo marchar, no puede menos de reirse ante su donosa caricatura. Sin comprender del todo, interroga a Nela con un gesto.*)

MARIANELA. — (*Respondiendo al gesto de Golfín.*) Que quiere ser médico... y le copia a usted la postura.

TEODORO.—(*Riéndose bondadosamente.*) ¡Qué demonio! ¡Pues por algo se empieza!

MARIANELA.—Fantesías no le faltan, no.

TEODORO.—(*Reparando hacia la derecha.*) Pero ¿qué veo? ¡Si están aquí mis señores hermanos! ¡Ya podía yo esperarlos por esa otra parte!

MARIANELA.—Es que han entrado por la casa.

TEODORO.—Ya, ya.

MARIANELA.—A doña Sofía le gusta mucho ver el escudo de la puerta. (*Sale por la derecha don FRANCISCO PENAGUILAS, seguido a pocos pasos de SOFIA y de CARLOS GOLFIN. Don Francisco, el padre de Pablo, es un señor obeso, bigotudo, entrecano, de simpático y encarnado rostro y afable mirar; de aspecto entre soldadesco y campesino. Sofía, la cuñada de Teodoro, es una señora con pujos de elegante, no mal parecida, y un si es no es impertinente, altiva y fastidiosa. Carlos Golfín, su marido, es un bendito: hombre pacífico, estudioso, callado, gran admirador de su hermano Teodoro, a quien sólo en lo moral se parece.*)

DON FRANCISCO.—¡Mi señor don Teodoro!

TEODORO.—¡Amigo mío! ¿Le he hecho a usted ponerse de tiros largos?

DON FRANCISCO.—Tanto, no. Nada más que adecentarme un poquillo. Estaba con los mozos en el pajar, ayudándoles a meter el heno... ¡Je! Marianela, a la puerta de la casa te aguarda Pablo. Idos a dar vuestro paseo; pero volved antes de anochecido, que ya refresca.

MARIANELA.—Sí, señor. Buenas tardes.

TEODORO.—Vaya con Dios la señorita Nela. (*La Nela le sonríe, y se aleja por la derecha.*)

SOFIA.—¿Y qué hacías tú aquí solo en la huerta, chiflado?

TEODORO.—Pues dejar un rato de pelear contigo y escuchar a Nela.

SOFIA.—¡Que tiene mucho que escuchar! ¡Cuando digo que estás chiflado!

CARLOS.—Don Francisco, ya rompieron las hostilidades otra vez. ¿Lo está usted viendo? Mi mujer y éste son el perro y el gato.

DON FRANCISCO.—Ea, pues, vamos a sentarnos aquí un ratito en sana paz. ¿No, doña Sofía? Siéntese, siéntese...

CARLOS.—La tarde está hermosa.

TEODORO.—Y la huerta vendiendo salud.

DON FRANCISCO.—¿Tomarán un vasito de leche?

SOFIA.—Muchas gracias. Ya merendamos antes de salir.

DON FRANCISCO.—Como ustedes gusten. Ahora son ustedes los amos de esta casa. Les voy a enseñar una fotografía que he recibido hoy, para que vean la sobrina que tengo. *(Saca del bolsillo varias cartas y de una de ellas un retrato, que muestra orgulloso.)* ¿Qué tal?

SOFIA.—¡Ah! Florentina. Es muy guapa muchacha. Lástima que aquellas endiabladas modistas de Santa Irene de Campó la vistan de máscara.

TEODORO.—A ver. ¡Lindísima criatura! ¿Sobrina de usted, don Francisco?

DON FRANCISCO.—Hija única de mi hermano Manolo.

TEODORO.—Mírala, Carlos: parece una virgen de Rafael. ¿Florentina se llama?

CARLOS.—Yo la conozco, sí; Florentina. Y está parecidísima en el retrato. Pero lo mejor que tiene no sale: el color. ¿Sabes, Teodoro? Es un rosa tostado..., un moreno encendido...

TEODORO.—Por algo he pensado yo en Rafael. Es una alhaja. Enhorabuena, don Francisco. Felicite usted a su hermano de parte mía.

DON FRANCISCO.—*(Recogiendo el retrato y guardándolo con amor.)* El bueno de Manolo... ¡Hombre más feliz!... *(Suspira con extraña nostalgia.)* ¡Ay!...

SOFIA.—Siéntate, Teodoro. No seas mal educado. Siempre te ha de gustar distinguirte.

TEODORO.—No quiero sentarme, Sofía. Levántate tú.

SOFIA.—Es que me pone nerviosa verte de pie.

TEODORO.—Es que te conviene ponerte nerviosa, a ver si adelgazas un poco.

CARLOS.—¡Ja, ja, ja!

SOFIA.—Ríele la gracia al hermanito, hombre.

DON FRANCISCO.—Haya paz, haya paz...

SOFIA.—No es posible; ¡si en todo me lleva la contraria!

TEODORO.—En todo, no, Sofía. Por ejemplo, tú piensas que esta tarde vienes muy guapa... y yo también. *(Risas.)*

DON FRANCISCO.—La galantería desarmó al enemigo.

TEODORO.—Se engaña usted: es un armisticio aparente.

SOFIA.—¿Con que aquí de charla con la Nela?

TEODORO.—Con la Nela; no me busques las pulgas. Y muy complacido. En serio: es una criatura interesantísima. De una humildad, de una modestia, de una bondad nativa...

DON FRANCISCO.—¡Oh! ¡Si viera usted lo que quiere a mi Pablo!

SOFIA.—Sí, pero da fatiga verla tan esmirriada y tan andrajosa... Algunas veces me pregunto: ¿Para qué vivirán estos seres? ¿Ni qué puede una hacer por ellos?

TEODORO.—Yo, por lo pronto, le he dado a la Nela dinero para un par de zapatos.

SOFIA.—¡Ave María Purísima! ¡Qué extravagancia! ¡Zapatos a la Nela! Le durarán dos días.

TEODORO.—¡Pues le daré para otros cuando se le rompan! Yo, señora mía, dispongo de mi dinero libremente. ¡Como usted del suyo! ¿No le va usted a comprar a su perrito un impermeable y unos chanclos de goma? (*Nuevas* risas.)

SOFIA.—Mira, Teodoro, métete cuanto quieras conmigo, pero no te metas con «Lili».

CARLOS.—¡Cuidado, Teodoro; cuidado con «Lili»! ¡Es el hijo!

SOFIA.—¡Haberme dado otro!

DON FRANCISCO.—¡Je!

TEODORO.—¿Ves tú? En eso tiene mucha razón, aunque vaya contra mi hermano. Has estado muy soso, Carlos. No se casa uno con mujer tan guapa para que sólo tenga un perrito.

CARLOS. — Recibo el palmetazo... con algunas reservas mentales. (*Risas.*)

SOFIA.—¡Qué par de hermanos estos! Y a propósito, don Francisco: ¿sabe usted lo que mi cuñado me decía esta mañana?

DON FRANCISCO.—¿Qué?

SOFIA.—Verá usted qué teoría: que no debe haber padres sin hijos ni hijos sin padres; y que todos los matrimonios sin hijos deben adoptar uno.

TEODORO.—¡Y yo lo sostengo!

SOFIA.—Pero yo le contesté que los solterones recalcitrantes, como él, deben adoptar dos.

TEODORO.—Y no me opuse. Y es esa una de las pocas cosas razonables y verdaderamente caritativas que te he oído.

SOFIA.—Alto ahí, Teodoro, que he visto la insidia: ojito con mis caridades.

TEODORO.—Tus caridades, perdóname que te lo diga, cuñada, tal vez no existirían si no las defendiera el oropel de la vanidad.

SOFIA.—¿Qué dices?

CARLOS.—Esto se agrava, don Francisco.

TEODORO.—Ya sé de tus rifas, y de tus funciones de teatro, y de tus corridas de toros... Pero no es esa la caridad. Tú y tus amigas, rara vez os acercáis a un pobre para saber de su misma boca, ya la causa de su miseria, ya qué clase de miseria padece. Porque hay también dolores que no se alivian ni con la limosna del ochavo ni con el mendrugo de pan.

CARLOS.—Bien dicho, Teodoro; muy bien dicho.

SOFIA.—¡Claro! El aplauso del hermanito no podía faltarle.

TEODORO.—Porque me comprende; porque sabe de esas angustias de la orfandad y del abandono... ¡Hemos dormido tantas veces él y yo en los huecos de algunas puertas! Sin amparo, sin abrigo, sin familia... ¿Verdad, Carlos?

CARLOS.—Verdad, Teodoro.

SOFIA.—Por Dios de los cielos, cuñado, no vayas a empezar el cuento de la Buena Pipa...

CARLOS.—Déjale hablar, Sofía. Don Francisco lo oirá con gusto.

DON FRANCISCO.—A buen seguro, sí, señor.

TEODORO.—Le llama mi cuñada el cuento de la Buena Pipa a nuestra historia, a la historia de dos hijos del pueblo.

SOFIA.—¡Jesús me valga! Es inevitable.

TEODORO.—Dicen muchos que ciertas cosas deben callarse por modestia. Yo no tengo modestia: yo tengo el orgullo de ser quien soy, y de proclamar que de niño he pedido limosna con éste; que por las calles de Madrid hemos ido descalzos, como ahora va la Nela por la zona minera de Socartes.

SOFIA.—¡Qué cosas tienes!

TEODORO.—Yo no sé qué extraordinario rayo de energía y de voluntad vibró dentro de mí. Tuve una inspiración. Comprendí que delante de nuestros pasos se abrían dos sendas: la del presidio, la de la gloria. Cargué en mis hombros a mi hermano, y dije: «Padre nuestro que estás en los cielos, sálvanos...» Ello es que nos salvamos.

DON FRANCISCO.—A la vista está.

TEODORO.—Yo aprendí a leer, y enseñé a éste; yo fuí recadero en una tienda; yo serví a cien amos; yo guardaba todas las propinas; yo compré una hucha; yo reuní para comprar libros... ¿Te acuerdas, Carlos, de cuando entramos los dos a pedir trabajo en una barbería de la antigua calle de Cofreros?

CARLOS.—¡Y ninguno habíamos cogido nunca una navaja ni unas tijeras en la mano!

SOFIA.—(*Muy desazonada.*) Pero ¿a qué viene ahora recordar esas niñerías?

TEODORO.—Entré en los Escolapios como Dios quiso. Un bendito padre me dió buenos consejos y me ayudó con sus limosnas... Sentí afición a la Medicina. Adelante, adelante... Yo velaba estudiando; yo estudiaba durmiendo; yo deliraba, y limpiando las ropas del amo a quien por entonces servía de ayuda de cámara, repasaba en la memoria las piezas del esqueleto humano.

SOFIA.—Bueno, no hay guiñapo que no saques hoy a la calle.

TEODORO.—¡Mejor! Entre tanto, Carlos, tu marido, se enamoraba de las matemáticas como de una novia. ¡Iba para ingeniero! Yo le enseñé la Química como pude..., pronto se aficionó a los pedruscos... Que cuarzo, que pirita, que manganeso... ¡A la Escuela de Minas con él! Cuando me pedía pan, yo le respondía: «¿Pan has dicho? ¡Tómalo untado en Aritmética y Algebra! ¿Postres dijiste? ¡Toma Física!» ¡Ay qué horas! ¡Qué días sin luz! ¡Qué noches de insomnio! Adelante, siempre adelante. Si yo tuviera escudo, no le pondría otra divisa. Pasaron años, años... Al fin, desde lejos, vimos el puerto de refugio después de grandes temporales... Dios sonreía dentro de nosotros. ¡Bien por los Golfines! Yo comencé a estudiar los ojos con la ambición de dominar ese pequeño mundo... Carlos salió triunfante de la Escuela de Minas... ¡Vivan los hombres de voluntad! Aprendan de nosotros todos los pobres, todos los desamparados, todos los niños perdidos y vagabundos... ¡Esta historia de los Golfines se debía enseñar en las escuelas!

SOFIA.—Alábate, pandero.

TEODORO.—¡Y sí que me alabo!

CARLOS.—Si hay héroes en el mundo, uno de ellos es él.

DON FRANCISCO.—Es verdad, es verdad... Yo estoy enternecido de oirle.

CARLOS.—¿Sí, eh? Pues hágase usted fuerte, porque precisamente este héroe le prepara a usted una gran emoción.

DON FRANCISCO.—¿Una gran emoción, don Carlos?

CARLOS.—Sí.

DON FRANCISCO.—(*Adivinando.*) ¡Ay, si fuera la que constituye la ilusión de mi vida!

TEODORO.—Esa es.

DON FRANCISCO.—¿Qué me dice usted, amigo mío?

TEODORO.—Calma, calma. Desde que llegué aquí, tengo puestos mis ojos en los de su hijo Pablo. Si nada le he indicado a usted en estos días, ha sido temeroso de despertar una esperanza que luego se desvaneciera. Pero le he observado atentamente, y una secreta confianza ha nacido en mí. Dos meses hace, se me ha ofrecido en Nueva York un caso de circunstancias exteriores análogas, y, recordándolo, se ha encendido mi fe. Un muchacho, ciego de nacimiento como Pablo, simpático y noble como Pablo, como él lleno de inteligencia y de alma, goza ya de la vista. Mis manos se la dieron.

DON FRANCISCO.—¡Jesús!

TEODORO.—Mañana quiero examinar bien los ojos de Pablo; reconocerlos escrupulosamente. Si de mi examen resulta fortalecida mi naciente esperanza, yo lo diré. Y en ese caso, señor patriarca de Aldeacorba, ¿intentaríamos la operación?

DON FRANCISCO.—Sin duda.

TEODORO.—Es dolorosa, y luego de ella puede quedar su hijo tan ciego como estaba.

DON FRANCISCO.—Cúmplase la voluntad de Dios. Pero si usted me dice que hay siquiera un rayo de esperanza. ¿quién no se acoge a él? Adelante, adelante...

TEODORO.—Ha pronunciado usted mi palabra.

DON FRANCISCO. — Pero ¿no comprende usted que la oscuridad de esos ojos es la de mi vida? ¿De qué me sirven el bienestar y las riquezas si él no ha de ver nada de cuanto tengo? Sobre mi casa, sobre mis campos y sobre mi huerta, cae a todas horas, entenebreciéndolos, la sombra de sus ojos.

CARLOS.—Ea, ea, pues alentemos, señor don Francisco; que Dios permitirá que muy pronto lo alumbre todo el sol. Yo, después de Dios, creo en mi hermano.

DON FRANCISCO.—¡Oh, señores! Si Dios quiere que mi hijo vea, yo, después de rezarle a Dios, le rezaré siempre a don Teodoro.

TEODORO.—Adelante, adelante. (*Abraza al patriarca.*)

SOFIA.—Bueno, y ahora entro yo. Quede aquí el asunto. Don Francisco está muy conmovido. No curemos a un enfermo y tengamos otro. Además, es tarde.

CARLOS.—Sí, sí; Sofía dice bien. Dejemos tranquilo a don Francisco

DON FRANCISCO.—¿Tranquilo ya?... Imposible.

TEODORO.—Amigo mío, hay que sacar fuerzas de flaqueza.

DON FRANCISCO.—Yo lo procuraré.

SOFIA.—Pues vámonos para casita, que se hace de noche.

CARLOS.—Hasta mañana, don Francisco.

TEODORO.—Hasta mañana.

DON FRANCISCO.—Vayan con Dios, señores míos. ¡Bendita sea la hora en que se aparecieron en mi casa!

SOFIA.—Buenas tardes.

DON FRANCISCO.—Vayan con Dios, vayan con Dios...

TEODORO.—Hasta mañana. (*Los dos hermanos y Sofía se van por la puerta de la huerta. Don Francisco queda unos instantes en ella, despidiéndolos. Luego, enjugándose los ojos, se vuelve hacia la casa.*)

DON FRANCISCO.—¿Querrá el cielo darle a mi vejez esta gran alegría? ¡Ay! Días de prueba son los que me aguardan. (*Dirigiéndose al perro, que allá dentro juega.*) ¡«Choto»!... ¡«Choto»!... ¡Cómo salta «Choto»!... ¿Qué sucederá, «Choto»; qué sucederá? (*Desaparece por la derecha. Queda la huerta sola. Cae sobre ella la tarde, llenándola de misterio y de paz. A poco vuelven, cogidos de la mano, MARIANELA y PABLO. Vienen del campo, por la izquierda.*)

MARIANELA.—Hoy no nos reñirá tu padre: hemos dado la vuelta bien pronto.

PABLO.—Y eso que hemos salido más tarde que nunca. No te vayas tú todavía.

MARIANELA.—No me voy, no.

PABLO.—Siéntate aquí conmigo.

MARIANELA.—Sí. Allí está «Choto». El muy gandul, que no ha querido acompañarnos hoy.

PABLO.—(*Jovialmente.*) Tendría que hacer en casa. O querría enterarse de algo. ¿Es ya de noche, Nela?

MARIANELA.—Aun no, niño mío. Pero ya se ve en el cielo la primera estrellita. Parece que nos está mirando. Esa me gusta a mí más que todas.

PABLO.—(*Elevando sus ojos a lo alto con tristeza profunda.*) ¿Es verdad que existís, estrellas? (*Silencio.*) Antes me formaba yo idea del día y de la noche, ¿cómo dirás tú, Nela?

MARIANELA.—¿Cómo? Dímelo, Pablo, que ello ha de ser cosa bonita.

PABLO.—Pues era de día cuando hablaba la gente, y era de noche cuando la gente callaba y cantaban los gallos. Pero ahora comparo de otro modo. Es de día cuando estamos juntos tú y yo; es de noche cuando me dejas, cuando nos separamos.

MARIANELA.—¡Ay, divina madre de Dios! A mí, que tengo ojos, me parece lo mismo.

PABLO.—Voy a pedirle a mi padre que te deje vivir en mi casa para que nunca te separes de mí.

MARIANELA.—(*Batiendo palmas.*) ¡Eso, sí, eso! ¡Pídeselo esta noche! (*Contentísima, se recoge sus faldas y rompe a bailar.*)

PABLO.—¿Qué haces, Nela?

MARIANELA.—¡Bailar de alegría!

PABLO.—¿Estás bailando?

MARIANELA.—¡De contento, Pablo; de contento! ¿No he de bailar, con esa ocurrencia que has tenido? ¡Que yo viva contigo siempre!... ¡Que no nos separemos nunca!...

PABLO.—Eso quiero yo.

MARIANELA.—¿Y ves tú lo que te he dicho tantas veces? Ahora me he puesto aquí a bailar porque estoy solita contigo. Junto a ti soy otra distinta. Se conoce que tú me das de esa luz que llevas por dentro y que es más brillante que la del sol. Y canto, y bailo, y me río, y a todo me atrevo, y de nada me asusto, y hablo de todo, y todo lo comprendo, y no me cambio por ninguna princesa. ¿Quién me conoce luego? (*Abrazándole con candor.*) ¡Ay, señorito mío! ¡Lo que te quiere Marianela!

PABLO.—Pues ¿y el ciego, lo que quiere a su lazarillo? (*Le toma las manos y se las acaricia.*) Oye, Nela: ¿qué has hecho de las flores que cogiste antes?

MARIANELA.—¡Madre de Dios! ¡Las he perdido!

PABLO.—¡Qué pícara!

MARIANELA.—Pero no te apures, que aquí, en tu huerta, están las más bonitas de todo el mundo, y ahora mismo te voy a hacer un ramo. (*De acá y de allá corta rápidamente flores diversas y luego se las ofrece a Pablo agrupadas.*)

PABLO.—Anda, sí: me gusta tenerlas en mis manos. Aunque no las veo, creo como que las oigo, Nela.

MARIANELA.—¡Tonto, si las flores no cantan ni hablan...

PABLO.—Eso será para vosotros, los que podéis gozar mirándolas. A los que no las vemos, nos guardan ellas esta compensación.

MARIANELA.—(*Poniéndole entre las manos las que ha cogido.*) Toma: ahí tienes un ramo precioso.

PABLO.—¿Ves tú? Parece que ellas me lo dicen... Dentro de mí hay una cosa..., yo no puedo expresarte qué..., una cosa que responde a ellas. ¡Ay, Nelilla mía! Se me figura que por dentro yo veo algo.

MARIANELA.—Como yo cuando cierro los ojos. Si todo lo del mundo lo llevamos por dentro. Vamos a ver, Pablo: ¿sabes tú lo que son las flores?

PABLO.—(*Acercándose al rostro las que le ha dado Nela.*) Pues... las flores... son unas sonrisillas que echa la tierra. Eso decía mi madre, que era andaluza.

MARIANELA.—No, simple. Las flores son las estrellas de la tierra misma.

PABLO.—¡Vaya un disparate! ¿Y qué son las estrellas?

MARIANELA.—Las estrellas son las miradas de los que han ido al cielo.

PABLO.—Entonces, las flores...

MARIANELA.—Son las miradas de los que se han muerto y no han ido al cielo todavía.

PABLO.—No, no; no creas desatinos. Nuestra religión nos enseña que el espíritu se separa de la carne y que la vida mortal se acaba.

MARIANELA.—¿Qué sabes tú, doctorcillo de tres al cuarto? Como el otro día, que me quisiste hacer creer que el sol está quieto y que la tierra da vueltas y vueltas a la redonda. ¡Bien se conoce que no los ves! ¡Madre del Señor! Que me muera en este momento si la tierra no se está más quieta que un peñón, y si el sol no va corre que corre detrás de la luna, de la que está prendado.

PABLO.—¡Qué tonta!

MARIANELA.—Señorito mío, no se la eche de tan sabio, que yo he pasado muchas horas de noche y de día mirando al cielo, y sé cómo está gobernada toda esa máquina. La tierra está abajo; el cielo está arriba, el sol está en el cielo, llenándolo todo. El sol es el palacio de Dios; que por eso se mueve, para que esté Dios en todas partes, como dicen que está. Y en el cielo está siempre la Virgen María, nuestra madre amorosa, que nos mira a todos de día y de noche por medio de todas las cosas bonitas que hay en el mundo. ¿Más claro? Todo lo demás son mentiras que dicen los libros.

PABLO.—¡Ay, Nela! Tus disparates, con serlo tan grandes, me cautivan, porque revelan el candor de tu alma y la fuerza de tu imaginación. ¡Qué lástima que vivas así! He de pedirle a mi padre otra cosa: que te enseñe a leer. Yo no veo lo de fuera, pero veo lo de dentro, y todas las maravillas de tu alma se me han revelado desde que eres mi lazarillo... ¡Hace ya año y medio! Parece que fué ayer cuando empezaron nuestros coloquios, nuestras caminatas... Y ni fué ayer, ni hace año y medio, Nela: hace miles de años

que te conozco. ¡Qué gran relación hay entre lo que los dos sentimos! Ahora has dicho mil disparates, y, sin embargo, yo, que conozco algo de la verdad acerca del mundo y de la religión, me conmuevo y me entusiasmo oyéndote. Se me antoja que hablas dentro de mí.

MARIANELA.—¡Madre de Dios! ¿Tendrá eso algo que ver con lo que yo siento?

PABLO.—¿Qué?

MARIANELA.—Que estoy en el mundo para ser tu lazarillo tan sólo, y que mis ojos no servirían para nada si no sirvieran para guiarte y decirte cómo son todas las cosas de la tierra.

PABLO.—(*Irguiéndose vivísimamente y buscando con afán a su compañera.*) Dime, Nela... (*La chiquilla aguarda la pregunta.*) ¿Y cómo eres tú? (*Marianela siente una puñalada, y calla.*) ¿No respondes? ¿Cómo eres tú, Nela? Porque yo creo que eres la mujer más bonita que existe. Pero ¿me oyes? ¿Estás ahí?

MARIANELA. — Sí, tonto; aquí estoy. Háblame cuanto quieras. (*Instintivamente le coge de las manos las flores que le dió y se entretiene en combinar sus colores.*)

PABLO.—Anoche me leía mi padre un libro que trata de la belleza y de la forma. Mi padre me lee, siempre que puede, libros de mil materias. Dice que no quiere que yo sea dos veces ciego. El autor del de anoche afirma que la belleza es el resplandor de la bondad y de la verdad. Por eso eres tú bonita como nadie. ¿Verdad, Nela, que eres muy bonita? No quieres responderme. Eres también modesta. Si no lo fueras, no serías tan preciosa como eres.

MARIANELA.—(*Adornándose con las flores los cabellos.*) Cuando niña, dicen que no era fea... Ahora...

PABLO.—Ahora, tu belleza ha crecido. No me engañas. ¿Cómo es posible que tu bondad, tu gracia, tu inocencia, que han sido capaces de alegrar mis tristes días, no estén representadas en la misma hermosura? Dice mi padre que los que no vemos no podemos comprender la forma. (*Exaltándose.*) Idea extraviada; falsa idea, Nelilla... La forma no puede ser nunca la máscara de Satanás encubriendo el rostro de Dios. Nela, Nela mía, ven acá: quiero tenerte junto a mí y abrazar tu preciosa cabeza. ¿Te has ido? ¿Dónde estás? (*Marianela, que se ha sentido presumida por primera vez, ha ido a la fuente y se ha mirado en ella con anhelo. El desencanto ha entristecido su alma. Desde allí le responde a Pablo.*)

MARIANELA.—Aquí, niño; aquí estoy... En la fuente..., mirándome en el agua...

PABLO.—Pues ven a mi lado.

MARIANELA.—(*Arrojando al agua las flores.*) ¡Madre mía! ¿Por qué no soy como Pablo dice?

PABLO.—¿Qué hablas, Nela?

MARIANELA.—Nada, señorito. Decía que el agua se ha puesto a temblar, porque se han caído en ella las flores, y ya no me veo. (*Acercándose a él.*) ¿Y ese libro que te leía tu padre dice que soy bonita?

PABLO.—¡Lo digo yo, que te conozco; que te veo brillar dentro de mí como un astro celeste en estas sombras en que vivo! Mariquilla, compañera mía, ven acá. (*Estrechándola de un modo delirante contra su pecho.*) Chiquilla bonita, ¡te quiero con toda mi alma! ¡Quiéreme tú, o me muero! (*Marianela se suelta de los brazos de Pablo y éste cae en profunda meditación. Silencio. Ella, atraída como a un abismo, vuelve a mirarse en las claras aguas de la fuente, de las que se aparta otra vez con dolorosa angustia y desilusión infinita. Torna entonces al lado de su compañero, buscando su amparo y su calor.*)

MARIANELA.—Pablo, niño de mi corazón, yo te quiero a ti más que a nadie. Porque tú vives, vivo yo contenta. Mi vida es tuya toda, porque eres tú quien me la da. (*Con desvarío.*) ¡Y ese libro que tu padre te lee es el único libro que no miente! ¡Yo soy hermosa, muy hermosa!...

PABLO.—(*Con vehemencia.*) ¡Sí!

MARIANELA.—¡Quien te diga lo contrario, te engaña! ¡Yo soy muy hermosa! (*Nuevo silencio. Don Francisco llama desde dentro a su hijo.*)

DON FRANCISCO.—¡Pablo!

MARIANELA.—Tu padre.

DON FRANCISCO.—¡Pablo! ¿Estás ahí?

PABLO.—Aquí estoy, padre; con la Nela. (*Sale por la derecha DON FRANCISCO y se llega a Pablo, conmovido y gozoso.*)

DON FRANCISCO.—Te esperaba impaciente, hijo.

PABLO.—¿Es tarde?

DON FRANCISCO.—No, no... Es que te guardo una buena nueva.

PABLO.—¿A mí, padre? ¿De que?

DON FRANCISCO.—(*Esforzándose en aparecer sereno.*) De

tu desgracia, de tus ojos... Quiero yo ser quien te la diga primero que nadie.

PABLO.—¿Don Teodoro, acaso...?

DON FRANCISCO.—Sí... ¡Cómo lo adivinas! (*Pablo escucha a su padre con ansiedad. Marianela, con indecible sentimiento, en que se confunden la alegría y el temor.*)

PABLO.—¿Qué?

DON FRANCISCO.—Ha venido a verme..., hemos hablado largo rato..., quiere reconocerte mañana... Me ha citado un caso análogo al tuyo, resuelto felizmente... Me ha dado esperanza por ti...

PABLO.—¡Padre!

DON FRANCISCO.—Sí, sí; me ha dado esperanza, hijo mío...

PABLO.—Nela, ¿tú oyes esto? (*La Nela calla.*) ¿Dice usted que mañana, padre?...

DON FRANCISCO.—Mañana, sí..., mañana te reconocerá despacio... Vamos adentro ahora... La noche está fresca..., hay relente.

PABLO.—Nela, Nela; ven con nosotros. ¡Qué alegría!

MARIANELA.—No, señorito... Yo me marcho ya... Me riñen luego allá, si tardo.

PABLO.—Pero ¿te vas contenta, como yo?

MARIANELA.—Sí, sí..., como tú..., lo mismo que tú...

DON FRANCISCO.—Anda, Pablo, vamos adentro.

PABLO.—Hasta mañana entonces, Mariquilla. Ven temprano. ¡Gran día mañana para nosotros!... ¡Ay, Nela! ¿Te veré algún día?

MARIANELA.—La Virgen hará ese milagro. Hasta mañana, señorito.

PABLO.—Hasta mañana, Nela.

DON FRANCISCO.—Ven, hijo, ven. (*Se aleja con él por la derecha. Marianela, a solas con su turbado espíritu, llora súbitamente; solloza. Luego, como si se acusara preguntándose, exclama:*)

MARIANELA.—¿Por qué lloro yo de esto? (*Maquinalmente la arrastran sus pasos hacia la puerta de la huerta, pero sus ojos no dejan de mirar con melancolía hacia el sitio por donde Pablo se marchó.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Exterior de la humilde morada de los Centenos, en Socartes, situada a la izquierda del actor. Adosado a una pared que da frente al público, un asiento de piedra. Hacia la derecha se supone el establecimiento minero. Es una mañana de octubre.

(Sentado a la puerta de la casa en una silla tosca, SINFOROSO CENTENÓ se esfuerza en leer el «Diario». Este atrevido intento le cuesta mil muecas y visajes. Si además no contase como auxiliar con el dedo índice de la mano derecha, estaría perdido. De la cabeza de Centeno ya tenemos noticias por el benjamín de la casa.)

SINFOROSO.—(*Deletreando casi.*) «Noticias de sociedad.—Desde ayer se encuentra entre nosotros el eminente juriscon..., con..., consulto... don Alejandro Miraflores. Los miembros de la asociación La Atalaya piensan obsequiarle con un almuerzo ín..., íntimo. Bienvenido, y sea enhorabuena.» (*Sopla, sofocado. En seguida vuelve a su única fuente de cultura.*) «Viajeros distinguidos.—Continúan en Socartes, y aun permanecerán allí algunos días, el rico propietario de Santa Irene de Campó don Manuel Penáguilas y su bellísima e interesan..., interesantísima hija Florentina. El ob..., objeto de este viaje, como ya indicamos, fué el de asistir a una arries..., arries..., arriesgada operación qui..., qui..., quirúr..., quirúrgica que había de serle practicada al joven don Pablo Penáguilas, y la cual realizó felizmente hace varios días el insigne Teodoro Golfín, gloria de la ciencia española. De desear es que el resultado de la operación sea enteramente satisfac..., satisfac..., satisfactorio.» (*Sopla nuevamente y se limpia el honrado sudor.*

Sale MARIANELA de la casa, triste y meditabunda, en dirección a la derecha.) ¿Adónde vas tú? ¿A Aldeacorba?

MARIANELA.—No, señor. Ahora voy al establecimiento. Me manda Señana a decirle una cosa a doña Sofía. (*Sinforoso da su asentimiento con un gruñido.*) En Aldeacorba estuve anoche a preguntar por mi señorito.

SINFOROSO.—Aquí, en el «Diario», hablan de él. ¿Hoy es cuando dicen que le levantan el vendaje?

MARIANELA.—Hoy, sí.

SINFOROSO.—¡Qué manos de hombre! (*La Nela sigue su camino y desaparece. El continúa su especial gimnasia de lector.*) «Próxima boda.—En las casas aristocrá..., aristocrá..., crá...» (*Suelta un hondo suspiro.*) ¡Ay! «En las casas aristocrá..., aristocrá..., aristocrá...» (*SEÑANA, su augusta consorte, de quien también sabemos ya, sale de la casa y se acerca a él con una peseta en la mano.*)

SEÑANA.—Sinforoso.

SINFOROSO.—(*Agradeciéndole la interrupción, que le aparta un momento de la trágica letra de molde.*) ¿Qué quieres?

SEÑANA.—Muerde esta peseta. Suena bien, pero no me gusta.

SINFOROSO.—(*Después de morderla.*) Es buena.

SEÑANA.—Trae acá. (*Guárdasela codiciosamente en un bolsillo que esconde bajo dos o tres faldas.*) El miércoles iremos al mercado de Homedes a comprarle un refajo a la Mariuca.

SINFOROSO.—Bueno.

SEÑANA.—Quiero ir yo contigo; porque si va ella, como es moza, la tienta el diablo y gasta más. (*Gruñe Sinforoso, identificado con su costilla.*) La Pepina puede pasar todavía con el que tiene. Oyeme.

SINFOROSO.—¿Qué?

SEÑANA.—A Tanasio le he puesto en su apartijo los tres reales que se le quitaron.

SINFOROSO.—¿Se lo has dicho?

SEÑANA.—Ya se lo diré. Tanasio es un alma de Dios. No así el Celipín condenado. ¡Qué revoltoso es y qué humo tiene! ¿Hablaste con Mamerto?

SINFOROSO.—No.

SEÑANA.—¡Pues no lo dejes, hombre! Ya han venido con dos quejas de Celipín: que no está en el trabajo, que se distrae pensando en los mosquitos... Y no se figure el arrapiezo que si lo despiden y no gana un jornal le van a alimentar sus padres. ¡Vagos en casa, no! Caridades ya hacemos bastantes con la Nela.

SINFOROSO.—Bien; yo veré a Mamerto. Y en último caso, le daré dos sopapos a Celipín.

SEÑANA.—No; pegarle, no. Que trabaje, que arrime el hombro; que se quite de fantesías. Los pobres tenemos siempre que ser pobres. Pobre naciste, pobre moriste. Y si no, que pida limosna. (*Mirando al fondo, hacia la izquierda.*) ¡Repara, Sinforoso, quién viene hacia acá!

SINFOROSO.—¿Quién?

SEÑANA.—¡La señorita Florentina y su padre!

SINFOROSO.—(*Levantándose.*) ¡El señor don Manuel Penáguilas!

SEÑANA.—¿Irán al establecimiento?

SINFOROSO.—¿Y ellos qué tienen que hacer en las minas?

SEÑANA.—Hombre, en las minas, lo que se dice en las minas, nada. Pero allí viven doña Sofía y don Carlos. O puede que vengan de la ermita, de hacer una promesa.

SINFOROSO.—Tú lo has acertado; que la señorita Florentina dicen que es muy dada a rezar. (*Aparecen en esto, por el último término de la izquierda, don MANUEL PENAGUILAS y FLORENTINA. Ella es la muchacha ante cuyo retrato recordó Teodoro Golfín a las vírgenes de Rafael. Aunque viste de señorita, tiene todo el atavío de su persona un aire popular. Ni dama ni aldeana completamente. Para expresar este gracioso término medio nació la palabra «pueblerina». El, don Manuel, su padre, es un hombre de edad madura, de cara arrebolada, y que parece echar de sí rayos de satisfacción como el sol los echa de luz. Viste un poco ostentosamente, magnificado con varios objetos decorativos: gran cadena de reloj, sortijas, botón en la solapa, etc. En cuanto al hablar, tiene la costumbre de repetir la última frase de sus párrafos o discursos.*)

DON MANUEL.—¡Hija mía, no comas ya más moras silvestres, que te van hacer daño!

FLORENTINA.—¡Que te van hacer daño a ti!

DON MANUEL.—No sé que gusto les sacas a las dichosas moras. Límpiate la boca, mujer.

FLORENTINA.—(*Obedeciendo.*) Ya está limpia la boca, papaíto.

DON MANUEL.—Buenos días, Señana y Sinforoso.

SEÑANA.—Buenos días, don Manuel; buenos días, señorita.

SINFOROSO.—Felices.

FLORENTINA.—Buenos días.

SEÑANA.—¿Cómo tan de mañana por estas alturas los señores?

FLORENTINA.—Hemos ido a la ermita temprano. Venimos de allí.

SEÑANA.—Yo lo pensé y se lo dije a éste.

SINFOROSO.—Sí, sí que me lo dijo.

FLORENTINA.—Una limosna y una oración más. Todo es poco para rogarle a Dios que mi primo vea. Por mucho que le demos, lo que le pedimos es tanto...

SINFOROSO.—Cierto, señorita; muy cierto.

SEÑANA.—Pero Dios querrá...

DON MANUEL.—El pandero está en buenas manos..., está en buenas manos.

FLORENTINA.—Desde que le hicieron la operación—hoy hace ocho días—no quieran saber la ansiedad en que vivimos todos en casa. ¡Ay, Virgen María!

DON MANUEL.—Bueno, bueno, no te impresiones otra vez; que pasas de un extremo a otro... Tan pronto la veo llorar y afligirse pensando en el primito, como salir corriendo detrás de una mariposa... ¿No querías saber dónde vive la Nela? Pues aquí vive.

FLORENTINA.—¡Ah! sí..., esta es la casa. Ella me la enseñó de lejos la otra tarde. ¡Pobre Marianela! Es más buena que el pan bendito. La quiero yo como a nadie hasta ahora. Quiero decir de un modo distinto que a los demás. ¿Está ahí?

SEÑANA.—No, señorita. Hace un rato que la he mandado yo al establecimiento.

FLORENTINA.—(*Con súbito arranque de alegría.*) ¡Allí va! (*Echa a correr hacia la derecha, llamando a la Nela y desconcertando a don Manuel.*) ¡Nela! ¡Nela!

DON MANUEL.—Pero, Florentina, ¡por amor de Dios! ¿Qué niñerías haces?

SINFOROSO.—Y se ha engañado la señorita: aquella que va allí no es la Nela.

DON MANUEL.—¿Además no es la Nela? No, si no tiene reflexión ninguna. Es un pájaro, un pájaro... (*Llamándola.*) ¡Florentina! ¡Hija mía! Esa chicuela, con aquello de ser el lazarillo de Pablo, le ha vuelto el juicio..., le ha vuelto el juicio.

SEÑANA.—¿La Nela?

DON MANUEL.—La Nela, sí. Habla... ¡Qué sé yo qué!... Habla de protegerla en mil formas...

SEÑANA.—¿A la Nela?

DON MANUEL.—Sí, sí; a la Nela. Quiere engarzarla en

oro, quiere ponerla en los altares, quiere... ¡qué sé yo lo que quiere!, ¡qué sé yo lo que quiere! Y no hay que contradecirla: lo hace. Se le ha puesto en la cabecita, y lo hace. Mi hija es así.., es así... Mi hija es así... Nada: es así... (*Vuelve FLORENTINA por donde se marchó.*)

FLORENTINA.—Pues no era la Nela.

DON MANUEL.—Si por eso te gritaba yo, hija del alma.

FLORENTINA.—Pero yo quiero ver su cuarto.

SEÑANA.—(*Contrariada.*) ¿Su cuarto?

FLORENTINA.—Su cuarto, sí. Donde ella duerme, donde reza por la ventura de todos nosotros (*Entrándose de rondón en la casa.*) ¿Es por aquí?

SEÑANA.—(*Corriendo tras ella.*) ¡Pero, señorita, si esto es una miseria!...

DON MANUEL.—(*A Sinforoso.*) ¿Usted lo ve? No hay quien la sujete. Es así..., es así.

SINFOROSO.—(*Como por máquina.*) Sí, señor; es así.

DON MANUEL.—Y sobre ese carácter tan..., tan espontáneo—no hay otra palabra— y tan..., tan bondadoso—no hay otra palabra—, ponga usted la natural excitación de estos días... Ella es ingenua, pero no tiene pelo de tonta... Tonta no..., tonta no... Es un retrato de su madre. Y lo comprende y lo adivina todo: si su primo Pablo abre los ojos a la luz... —¿se hace usted cargo, amigo Centeno?—, él, joven y guapo, y cariñoso..., ella..., ella..., usted la ha visto, un cielo, una gloria de criatura... ¿A qué hablar más? ¡El sueño de Francisco y mi sueño, que parecían irrealizables y se realizan! Y así está Florentina..., y así estoy yo también, ¡qué carape! Y así está mi hermano Francisco..., y así estamos todos... (*Conmoviéndose.*) Todos, todos..., así estamos todos.

SINFOROSO.—Sí, sí, señor... Yo... Vamos... Ya comprendo, ya... En todo el contorno de las minas se habla ya de esa boda. (*Salen de la casa Florentina y Señana. Florentina, herida en lo más tierno de su corazón compasivo.*)

FLORENTINA.—¡Jesús! ¡Qué espanto! ¡Qué tristeza!

SEÑANA.—Ya se lo anuncié a usted, señorita: que estas miseriucas no eran para sus ojos.

FLORENTINA.—Ni debían ser para los de ningún cristiano. ¡Desdichada Nela! Volvamos a Aldeacorba, papá.

DON MANUEL.—Vamos donde tú quieras, hija mía.

FLORENTINA.—Yo remedio esto. ¿Cómo dices tú que se llaman los que quieren que todos seamos iguales en el mundo?

DON MANUEL.—Mira. Florentina, no empieces con tus socialismos... Déjate de monsergas..., déjate de monsergas.

FLORENTINA.—Socialistas: eso... ¡Generala de los socialistas voy a hacerme yo!

DON MANUEL.—No digas desatinos: el mismo Dios ha establecido diferencias entre los hombres...

FLORENTINA.—A tu prójimo como a ti mismo, es lo que ha dicho Dios... Dios no puede querer que una criatura humana viva como una bestia. Vámonos, vámonos. Quédense con Dios.

SEÑANA.—El vaya con ustedes.

SINFOROSO.—Que lo pasen bien los señores.

DON MANUEL.—Adiós; buenos días.

FLORENTINA.—(*Cogiéndose amorosamente a su padre y yéndose con él por el primer término de la izquierda.*) ¿Por qué razón hemos de tener unos tanto y otros tan poco?

DON MANUEL.—Pero ¿me vas a pronunciar otro discurso socialista de aquí a casa?

FLORENTINA.—¡Y me has de oír aunque te tapes los oídos! ¡Si hubieras visto cómo vive la Nela! ¡Dónde duerme!... ¡Si hubieras visto eso!... (*Cuando desaparecen hay una larga pausa, durante la cual sigue Señana, con los ojos cargados de envidia y de cólera, la dirección de la hija y del padre. Al cabo rompe a hablar.*)

SEÑANA.—¡Sí, sí, la Nela..., la Nela! ¡Ahora todo se lo vamos a colgar a la Nela..., a la sabandija de la Nela! ¡Y a la familia que no la ha dejado morirse de hambre, y que le da un techo, ni memorias! ¡El señorito..., el señorito!... ¡Bueno está el señorito! Vicios y pecados por dentro... faroleo por de fuera... Un mendrugo de pan que le dan a un pobre quieren que salga en el «Diario»... ¡El señorío!... Sinforoso, anda tú a las cuadras. Mira a ver cómo está de la pata mala la mula tuerta. (*Métese en la casa refunfuñando. Sinforoso se va por el segundo término de la izquierda, convencido de la razón que asiste a su mujer.*)

SINFOROSO.—Vamos a ver cómo está de la pata la mula tuerta. (*Reaparece la NELA por el primer término de la derecha. Se encamina perezosamente a la casa, y al ir a entrar en ella, retrocede, con gesto de hastío y de cansancio. Ensimismada, va maquinalmente a sentarse en el banco de piedra. TEODORO GOLFIN, que la ha seguido a poca distancia, aparece entonces y se le acerca.*)

TEODORO.—¿En qué estás pensando. Mariquilla?

MARIANELA.—(*Levantándose sobresaltada.*) ¡Don Teodoro! No le había visto. ¿De dónde sale usted?

TEODORO.—Siéntate, siéntate.

MARIANELA.—No, señor...

TEODORO.—Vengo siguiéndote los pasos.

MARIANELA.—¿A mí?

TEODORO.—A ti. Estoy enamorado de Marianela. Una de estas noches voy a venir a darte una serenata con guitarras y con panderos.

MARIANELA.—(*Sonriéndole con gratitud.*) ¡Madre de Dios!

TEODORO.—Pero primero tengo que reñirte, por muy enamorado que esté.

MARIANELA.—Pues ¿qué he hecho?

TEODORO.—Malgastar el dinero que te di para unos zapatos.

MARIANELA.—¡Ah!

TEODORO.—¿Adónde han ido a parar mis dos duros? ¿Te callas? ¿Es que se los ha quedado entre las uñas la urraca de Señana?

MARIANELA.—No, señor. Como yo ando bien sin zapatos... se los di a Celipín, que está juntando para comprar libros.

TEODORO.—¿Hola? Siempres habías de sacrificarte. Menos mal esta vez. ¿Celipín es ese chicuelo que quiere ser médico?

MARIANELA.—Sí, señor; esé. Dice que si no estudia se va a volver de piedra, y que él no ha nacido para marmolillo.

TEODORO.—¡Oh! Sus benditos padres son capaces de convertir en piedra hasta las mariposas de colores. Y todo, si lo vas a ver, por codicia, que los hace más túpidos de lo que son. Un aldeano que le toma el gusto a los ochavos es la bestia más innoble que existe; tiene todas las malicias y sutilezas del hombre y una sequedad de sentimientos que espanta. Contando por los dedos llega a reducir a números la conciencia.

MARIANELA.—Cada uno es como lo ha hecho Dios, don Teodoro...

TEODORO.—¿Qué ha de haber hecho Dios así a estos bárbaros? Por lo que toca a tus zapatos, Nela, vendrás conmigo a una zapatería. Yo creo que te hacen falta, cuando menos, como los libros al futuro doctor. (*Pausa.*)

MARIANELA.—(*Con voz turbada.*) ¿Va usted a Aldeacorba?

TEODORO.—Allá voy. Pero, ya que hemos pegado la hebra, vamos a echar tú y yo un parrafillo. Me sentaré, para que te sientes. (*Lo hace.*) Como te he quitado a tu amito unos días,

es natural que yo te acompañe y te dé palique, por que no te aburras demasiado sin él... Si vieras, Nelilla... El tampoco se halla sin ti. Todos los días me pregunta por Nela.

MARIANELA.—Yo voy también todos los días a preguntar por él.

TEODORO.—Lo sé. Cuando le diga luego que he estado aquí contigo, va a tenerme envidia.

MARIANELA.—¡Qué bueno es usted!

TEODORO.—Anoche estaba el pobre muy excitado. Hablaba sin tregua, deliraba... Imposible hacerle callar. Es claro. Era la víspera del día de hoy, en que se descubre el misterio; era la esperanza inmediata de la próxima aurora... (*Queda reflexionando.*)

MARIANELA.—¡Pobre ciego mío!

TEODORO.—No me quiero engañar, Nelilla, pero ya me siento acariciado por el triunfo. También la ciencia sueña, porque también tiene fe en Dios. ¡Qué júbilo el de todos si este gran milagro se realiza! Es como la resurrección de un muerto; la creación de un mundo. Y tu amito, que veía con tus ojos verá en adelante con los suyos cuantas maravillas tú le pintabas, y se convencerá por sí mismo de la verdad de tus explicaciones. Y esto para él ha de ser una inmensa alegría.

MARIANELA.—(*Tristemente.*) Algunas cosas que yo le he podido explicar, no son, por desgracia, como él se imagina que son.

TEODORO.—Ese será un motivo para que discutas con él en tus nuevos paseos.

MARIANELA.—Si Pablo recobra la vista—y la Virgen María sabe cómo se lo he pedido yo—, mis paseos con él se acabaron.

TEODORO.—¿Por qué?

MARIANELA.—Porque sí...

TEODORO.—Porque sí, no es una razón.

MARIANELA.—Porque nada tendré ya que hacer al lado suyo. Yo era su guía, su lazarillo... nada más. Ahora no le faltarán otras compañías.

TEODORO.—Es que él no querrá prescindir de la tuya, Marianela. (*Esta baja los ojos. Teodoro la observa en silencio. Pausa.*) Dime: ¿por qué te escondiste antes?

MARIANELA.—(*Temblorosa.*) ¿Antes..., cuándo?

TEODORO.—Cuando oíste que te llamaba por ahí la señorita Florentina.

MARIANELA.—Yo no me escondí de ella...

TEODORO.—Sí; te vi yo. No lo niegues.

MARIANELA.—Me escondí... porque no sabía quién me llamaba.

TEODORO.—He creído notar que le tienes tú cierta antipatía a la señorita forastera.

MARIANELA.—¡Madre de Dios! ¡Yo, no! No, don Teodoro, no crea usted eso.

TEODORO.—Pues lo que es a Pablo no le cayó muy bien en un principio. Apenas quería hablar con ella. No le fué simpática.

MARIANELA.—Eso me lo dijo él a mí el primer día que los tres juntos salimos de paseo, mientras la señorita corría y saltaba lejos de nosotros. Pero luego me dijo también que debía ser muy hermosa. ¡Como es tan buena!... Cuando Pablo la vea por sus ojos...

TEODORO.—Si lo permite Dios.

MARIANELA.—(*Con aplomo.*) Sí, sí; verá usted como sí.

TEODORO.—¿Sabes, Nelilla, que me anima tu seguridad?

MARIANELA.—(*Fija en su pensamiento.*) La primera vez que yo vi a la señorita Florentina, creí que era la misma Virgen María Inmaculada, que se me aparecía en mitad de los campos, que venía hacia mí y que me hablaba con palabras de los cielos y de la tierra juntas. ¿Cómo no he de quererla yo? Había soñado con la Virgen aquella noche..., caminaba hacia casa de Pablo soñando todavía... y de pronto, por entre unas ramas, ¡ella!..., ¡la Virgen!..., y era la señorita Florentina... Nunca podré olvidarlo.

TEODORO.—¡Pobre Marianela! (*Acariciándola.*) ¡Qué batallas libra tu corazón! ¿Vamos allá? ¿Quieres acompañarme?

MARIANELA.—(*Medrosa.*) ¡No!

TEODORO.—¿No quieres saber en seguida si Pablo ve o no ve?

MARIANELA.—Lo que quiero es que vea.

TEODORO.—Dentro de unos minutos no habrá duda. ¡Momento supremo, Mariquilla! Yo, que al operar tuve pulso firme, ánimo sereno, conciencia clara y corazón tranquilo, ahora temo que voy a temblar, a estremecerme... cuando ya sólo tengo que levantar las vendas de unos ojos. ¿Penetrará en ellos la luz del sol o seguirán para siempre en perpetua sombra? Anda, acompáñame.

MARIANELA.—Déjeme usted aquí, don Teodoro. Luego iré.

TEODORO.—Pues aquí te dejo, si ese es tu gusto.

MARIANELA.—Dios lo bendiga a usted y le ayude.

TEODORO.—Adiós (*Vase por la izquierda resueltamente.*

Marianela permanece unos instantes como petrificada, viéndolo alejarse. Luego cae de rodillas en tierra, y exclama así con arrebato místico:)

MARIANELA.—¡Madre de Dios piadosa, lleva la luz a aquellos ojos que son míos, aunque yo muera! (*Desfallece y queda al fin sentada en el suelo. Su imaginación no descansa; su atribulado espíritu lucha con la terrible realidad.*) Señora de los cielos, ¿por qué no me hiciste bonita? ¿Por qué, cuando nací, no me miraste desde tu trono? Una sola persona me quiere en el mundo... y me quiere porque no me ve. ¿Qué será de mí cuando me vea y deje de quererme? Porque ¿cómo es posible que me quiera viendo este cuerpo chico, esta figurilla sin gracia, esta cara fea, este pelo descolorido? No, no es posible que me quiera, no... Mientras no me ha visto, me ha querido como quieren los novios a sus novias..., me ha dicho muchas veces que para él no hay otra mujer en la tierra, que yo seré la compañera de toda su vida... Señora madre mía, ya que vas a hacer el milagro de darle vista, que yo más que nadie deseo, haz conmigo también el de volverme hermosa, o mátame, porque para nada estoy en el mundo. Yo quiero que él vea. Daré mis ojos por que él vea con los suyos; daré mi vida toda; pero ¡hazme hermosa a mí Virgen mía! (*Desvariando, como si acariciara sobre su pecho la cabeza de Pablo.*) ¡Ay, cieguecito de mi alma! ¡Nadie te quiere como yo! Quiere mucho a la Nela..., a la pobre Nela, que no es nadie... Quiérela mucho..., pero no abras los ojos, no la mires..., ciérralos; así, así... (*Llora calladamente. Por la derecha viene CELIPIN, que al verla se llega a ella con solicitud.*)

CELIPIN.—¿Qué es eso, Mariquilla? ¿Estás llorando?

MARIANELA.—No... rezaba.

CELIPIN.—¿Que más da si lloras?

MARIANELA.—Bueno, sí, Celipín... no te metas en eso. Cada uno tenemos nuestras penitas escondidas.

CELIPIN.—¡A quién se lo dices! Yo a ti nada te oculto, Nela. (*Bajando la voz con gracioso misterio.*) Porque me acuerdo de que los hombres no deben llorar, me trago yo las lágrimas. ¡Córcholis! ¡Recórcholis! Pero te juro que me ahogan.

MARIANELA.—(*Olvidando sus cuitas por las de Celipín.*) Pues ¿qué te pasa?

CELIPIN.—Que hoy es el último día que trabajo en las minas..., en ese presidio.

MARIANELA.—¿Hoy?

CELIPIN.—Hoy. Mañana vuela el pájaro. Ya he juntado bastante dinero: ya tengo siete duros. Y mia tú lo que son

las cosas, Nelilla; mia tú que me voy por mi voluntad; mia tú que yo les tengo rabia a estos lugares; pues, bueno; al pasar ahora por los talleres, y por los hornos, y por las máquinas de lavar, como me iba yo diciendo entre mí: «¡Ahí os quedáis! ¡Mañana ya no os verán mis ojos!», me entró una congoja y un ahogo, que en poco rompo a llorar como una criatura.

MARIANELA.—Porque eres bueno, Celipín, y porque donde se nace, ¿sabes tú?—esto me lo ha dicho a mí Pablo—, por mal sitio que sea, tiene uno como si dijéramos las raíces... y duele el arrancárselas.

CELIPIN.—Nelilla, no me acobardes tú con reflisiones que pueden ser del caso... ¡Córcholis! Pero que no son muy del caso. Yo no lo dudo más. Ahora sí que quiero ser de piedra para no ablandarme. Mañana vuela el pájaro. Esta noche, cuando ronque padre, y ronque madre, y ronque Tanasio, y ronque la Pepina y la Mairuca, Celipín, que estará velando, saltará por el ventanillo y se echará al campo a esperar el día. Y cuando el día apunte, ¡hala!, ¡hala!, ¡hala!, sin parar, ¡a los Madriles del rey de España! ¿Quieres algo?

MARIANELA.—(*Sonriéndose.*) ¿Para el rey?

CELIPIN.—¡Ah! ¿Me tomas a broma?

MARIANELA.—No, que te tomo en serio, Celipín; sino que me haces gracia.

CELIPIN.—Más te hará verme con un sombrero de este porte y una levita negra, y un bastón con puño de plata, y unos guantes—que no me los pienso quitar sino para tomar el pulso—, y una cadena de reloj, y unas gafas de oro...

MARIANELA.—No te remontes tanto, Celipín, que todavía estás más pelao que un huevo. Vete poquito a poco... Y antes de meterte a curar enfermos, aprende a escribir, y ponle una carta a tu madre pidiéndole perdón.

CELIPIN.—Calla, mujer... ¡Pues claro que la escritura es lo primero! Deja tú que yo coja una pluma en la mano y verás qué rasgueo de letra y qué perfiles para arriba y abajo, como la firma de don Francisco Penáguilas... ¡Escribir! ¡A mí con esas! A los cuatro días has de ver tú qué cartas pongo. Ya las oirás leer y verás qué conceitos los míos.

MARIANELA.—Lo que yo te aconsejo, Celipín, es que, en lugar de ser médico, seas más bien ingeniero, como don Carlos. Porque ¡mira tú que sacar una piedra de la tierra y hacer de ella latón, como hace don Carlos!... Otros dicen que hacen plata, y oro, y brillantes... Aplícate a eso, Celipillo.

CELIPIN.—¡Quiá! No me da a mí el naipe por las piedras.

Médico, médico, como don Teodoro; que echando una mano a este pulso, otra mano al otro, se llena uno de dinero el bolsillo.

MARIANELA.—¡Ay, si tú llegaras a ser como don Teodoro! ¡Qué talento de hombre! Y es más bueno todavía que lo que tiene de talento. A mí me echa unas miradas como las que se echan a las señoras.

CELIPIN.—Todos los hombres listos somos así. Desengáñate: no hay saber como ese de cogerle a uno la muñeca y mirarle la lengua y decir al momento en qué hueco del cuerpo tiene aposentado el maleficio; ya verás, ya verás cómo se porta don Celipín el de Socartes. Te digo que se ha de hablar de mí hasta en La Habana.

MARIANELA.—Bien, bien; pero siempre has de ser buen hijo. Si tus padres no han querido enseñarte, es porque los pobres no tienen talento, como tú. Así que del dinero que tú ganes, les tienes que mandar a ellos todos los meses.

CELIPIN.—Eso sí lo haré. Mia tú, aunque me voy de la casa, no es que yo quiera mal ni a padre ni a madre. Y espérate, que antes de mucho tiempo has de ver que viene un mozo de la estación cargado, que se revienta de paquetes y más paquetes.

MARIANELA.—Y ¿qué serán?

CELIPIN.—Pues refajos para madre, pañuelos para la Mariuca y la Pepina, una guitarra para Tanasio, un gabán de pieles de conejo para padre... y ¡qué sé yo cuantas cosas más! A ti puede que te mande también unos pendientes.

MARIANELA.—(*Volviendo a reírse.*) Muy pronto regalas, Celipillo. ¡Pendientes a mí!

CELIPIN.—¡Y pulseras de oro y sortijas con piedras preciosas! Pero ¿tú no has oído hablar de los dinerales que ganan las eminencias? Ya me estoy viendo yo en mi cama, tendido a lo largo y durmiendo a cuerpo qué quieres—porque los estudios cansan mucho—, y de pronto: «¡Pum, pum!», que llaman a la puerta. «¿Quién es»? «¿El doctor Celipín?» «¡Está descansando!» «¡Pues que se levante ahora mismo, que se muere de parto una doncella en el palacio de unos duques!» «¡Pues allá va él a salvarla!» (*La SEÑANA asoma en este momento a su puerta, y entre perpleja e indignada escucha a Celipín.*) Y salto de la cama, y me lavo aprisa, y me visto, y me echo perfumes, y en la calle me aguarda una carroza para llevarme al palacio a todo galope, y subo, y salvo a la doncella, que tiene un niño, y el marido, que es duque, me besa las manos... y por este estilo. ¡Figúrate tú si con la fatura que

yo ponga luego te podré regalar a ti pendientes y a madre refajos!

SEÑANA.—(*Saltando de golpe y dándole un susto a la pareja.*) ¡Celipín, Celipín, que se van a acabar las palabras! ¡Que tu padre está harto y yo también!

CELIPIN.—¡Madre!

SEÑANA.—¡Ni chistar! ¡Ahora mismo coges el cantarillo y vas ahí a la fuente por el agua para el almuerzo!... ¡Hala! ¡Y después del almuerzo, antes de volver a las minas, me has de limpiar la carbonera! ¡Aquí, novelerías, no! ¡Hala, hala por el agua! ¡Ni chistar! (*Celipín calla a regañadientes, por no alzarse contra la autoridad materna, que en tan agria forma pisotea sus más doradas ilusiones, y se entra en la casa dispuesto a humillarse por última vez en su vida. Marianela no sabe dónde meterse. Y cuando cree que la Señana la va a emprender con ella a sofiones o a manotazos, recibe la sorpresa de verse tratada con cierta mansedumbre y dulzura.*) ¿Oyes, Nela? Si vuelves más pronto del establecimiento, encuentras aquí a la señorita Florentina.

MARIANELA.—(*Confusa.*) ¿Ha estado aquí?

SEÑANA.—Con su señor padre. Y ¡qué preciosa y qué pulida es! Y ¡qué resuelta! Quieras que no, cuando se enteró de que tú no estabas, se coló en la casa a ver donde dormías y a registrarlo todo. ¿Te parece?

MARIANELA.—Es muy buena la señorita Florentina.

SEÑANA.—¡Los aspavientos que hizo ella cuando vió las cestas! ¡San Antonio bendito! Pues ¿qué pensaba encontrar en casa de unos pobres: colchones de pluma y sábanas de Holanda?

MARIANELA.—Me quiere mucho.

SEÑANA.—Eso barrunto yo. Y tú no pierdes nada con ese cariño. El que a buen árbol se arrima... ¿eh, Nela? (*A Celipín, que a tiempo sale de la casa con el cantarillo y se va por el primer término de la izquierda.*) ¡A ver si vienes en un santiamén, que se acerca la hora! ¡No te entretengas papando moscas por ahí! (*A Marianela.*) Tú déjate querer, chiquilla, déjate querer. Esos Penáguilas tienen muchos dineros. Cada año una herencia... Y puede que este sea el premio que a nosotros nos reserva Dios por la caridad de haberte recogido en casa, no dejando que te murieras por esos caminos, sola como un perro... (*A SINFOROSO, que vuelve por donde se marchó.*) ¿Cómo va la mula, Sinforoso?

SINFOROSO.—Todavía cojea; pero va mejor. Tanasio le dará otra untura a la tarde.

SEÑANA.—Le estoy contando a ésta lo de la señorita Florentina.

SINFOROSO.—¡Ah, sí! Nos la vimos llegar de pronto como una paloma.

SEÑANA.—Pues ¿y la suerte del señorito ciego? ¡Vamos, que abrir los ojos a los veinte años en la vida, si es que llega a abrirlos, y hallarse lo primero con esa cara de mujer! (*La Nela baja los ojos estremecida.*) ¿Es suerte o no es suerte?

SINFOROSO.—Y tú no has estado en lo mejor. Don Manuel me ha dicho a mí lloriqueando que, como el ciego vea, boda tenemos con la señorita.

SEÑANA.—¡Bah! Eso no hacía falta que lo dijera nadie. Se cae de su peso mismamente. (*Marianela, presa de una angustia indecible, da unos pasos y se sienta luego desfallecida en el banco de piedra. Señana la mira con extrañeza grande, que le comunica en voz baja y aparte a su ilustre esposo.*) ¿Ves lo que es esa perra maldita? Estamos hablando de lo que más le importa, nos vuelve las espaldas y se va como si no fuera con ella.

SINFOROSO.—Más cuenta le tendría morirse

SEÑANA.—No; ahora, no... Eso, no. Déjate estar, que si a la señorita Florentina se le ocurre favorecerla... Déjate estar, déjate estar.

SINFOROSO.—(*Mirando, a la derecha.*) Ya vienen allí la Mariuca y la Pepina. (*Gritando hacia el fondo.*) ¡Tanasio! ¡Vamos a almorzar, hijo!

SEÑANA.—Vamos a almorzar, que bien lo tenemos ganado. (*Entrase en la casa, llena la estrecha mente de astutos planes de codicia y rapiña. Su marido la sigue como la sombra al cuerpo.*)

SINFOROSO.—Vamos a almorzar. (*La Nela queda sola un instante. Cruzando las manos y elevando al cielo los ojos, resume así las torturas de su alma atribulada.*)

MARIANELA.—¡Te quieren quitar lo que es tuyo! ¡Sólo tuyo! ¿Qué va a ser de ti, pobre Nela? (*Se levanta y se encamina como sonámbula hacia la derecha. TANASIO, el primogénito de los Centenos, que es un completo idiota, aparece despaciosamente por la izquierda del fondo. Mira a la Nela, porque sus ojos tropiezan con ella en el camino; se rasca la cabeza granítica, a ver si salta chispa, y como no salta, sin abrir la boca se mete en la casa en busca del primer pienso cotidiano. Por la derecha salen entonces la PEPIÑA y la MARIUCA, dos garridas mozas, de firme andar y traza robusta, enrojecidas de pies a cabeza por el polvillo de las minas. Visten falda corta,*

mostrando media pantorrilla y el pie descalzo. Van flechadas hacia la casa.)

PEPINA.—Nela, ¿qué haces?

MARIANELA.—Nada...

MARIUCA.—¡Buena vida! ¡Dichosa tú, que no tienes fuerzas para el trabajo! (*Se entran en la casa las dos hermanas. Marianela sigue hacia la derecha sin rumbo fijo, y desaparece. Pausa. Desalado vuelve CELIPIN por la izquierda. Trae consigo una gran noticia. Suelta en el suelo el cantarillo y corre de un lado para otro buscando a Marianela.*)

CELIPIN.—¡Vivan mil años los hombres sabios! ¡Nela! ¡Nelilla! ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido? (*Presta oído hacia la puerta de la casa. De pronto la divisa, hacia la derecha.*) ¡Allí la veo! (*Llamándola.*) ¡Nelilla! ¡Nela! ¡Corre! ¡Ven acá! ¡Ven acá, córcholis! ¡Ló que va a alegrarse la Nela! ¡Vivan los hombres sabios! (*Sale por la derecha la NELA.*)

MARIANELA.—¿Qué quieres, Celipín?

CELIPIN.—Ven acá. Prepárate a oír lo más grande del mundo. Acabo de encontrarme a don Carlos, el hermano de don Teodoro, que va para su casa llorando y riendo de pura alegría. Le decía a don Ulises, el inglés: «Después de Dios, mi hermano; después de Dios, mi hermano.»

MARIANELA.—(*Con gran ansiedad.*) Pero, ¿qué?...

CELIPIN.—¿Que, qué? ¡Que don Teodoro le ha quitado las vendas de los ojos a tu señorito, y cuenta don Carlos que tu señorito dió un grito muy grande y que ve como tú y como yo!

MARIANELA.—(*Con inefable sentimiento.*) ¡Madre mía!

CELIPIN.—Un milagro parece; ¿no es verdad?

MARIANELA.—¡La Virgen santísima lo ha hecho!

CELIPIN.—¡La Virgen y don Teodoro, córcholis! Y lo mismo fué enterarme yo, Nelilla, que eché a correr para acá en tu busca, a contarte a ti la novedad primero que a nadie. ¿Quién se ha de alegrar más que tú, que tanto quieres a tu señorito?

MARIANELA.—(*Entre lágrimas.*) Nadie... Más que yo, nadie.

CELIPIN.—Y como tengo este talento que Dios me ha dado, se me ocurrió de pronto una idea que te voy a decir.

MARIANELA.—(*Balbuciente.*) Dímela, Celipillo.

CELIPIN.—¡Que me acompañes tú a los Madriles!

MARIANELA.—¿Eh?

CELIPIN.—¡Que te vengas conmigo allá! Yo no soy ciego,

ni necesito lazarillos; pero tu amito el ciego ya no los necesita tampoco. ¿De qué sirves tú ya en Socartes?

MARIANELA.—De nada... Es cierto.

CELIPIN.—Mientras que allí en Madrid te pones a servir en una casa grande, al paso que yo estudio las Ciencias y uno con otro nos animamos y nos ayudamos en las fatigas que puedan venir.

MARIANELA.—(*Con resolución.*) Sí, Celipillo: estoy conforme. Has pensado bien. Vámonos ahora mismo.

CELIPIN.—¡Córcholis! ¡No tan pronto! ¿Tú no ves que ahora nos cogerían? A la noche, como te dije antes.

MARIANELA.—(*Repentinamente desalentada.*) Y ¿a qué he de marcharme yo, Celipín?

CELIPIN.—¿Vas a arrepentirte?

MARIANELA.—Es que pienso que no te serviría sino de estorbo.

CELIPIN.—¡Es que se te ha ablandado el corazón! ¡Aprende del mío, que es más duro que una de las peñas de la Terrible!

MARIANELA.—No, Celipillo, no... Yo me quedo. Para ti es tiempo todavía; para mí ya es tarde.

CELIPIN.—Pero, ¡córcholis! Reflesiona. ¿Que vas a hacer aquí, si tu amo tiene ya su vista? ¿Vas a seguir en casa con mis padres, para hacerte un guijarro?

MARIANELA.—No sé...

CELIPIN.—¿Vas a vivir con tu señorito?

MARIANELA.—¡No!

CELIPIN.—¿Vas a irte al pueblo con la señorita Florentina?

MARIANELA.—¡No!

CELIPIN.—Pues entonces, ¡córcholis! ¡Recórcholis! ¿Adónde vas?

MARIANELA.—(*Con nuevo arranque, después de pasarse la mano por la frente, como si quisiera quitarse de ella todo pensamiento de duda.*) Contigo .

CELIPIN.—¿Conmigo, Nelilla? ¿Por fin te decides?

MARIANELA.—Sí. Y ha de ser esta misma noche.

CELIPIN.—Sin falta.

MARIANELA.—Lejos, lejos de Aldeacorba y de Socartes... Tú tienes razón, Celipillo. ¿Para qué sirvo aquí, si ya ven los ojos de mi dueño?

CELIPIN.—Pues ahora, mucho disimulo. Voy a entrar ahí dentro con el agua, como si tal cosa. Hasta la noche. —

MARIANELA.—Hasta la noche.

CELIPIN.—¡Vivan las mujeres valientes y vivan los hom-

bres de coraje! (*Coje el cantarillo y entra en su casa con aire de conquistador.*)

MARIANELA.—Lejos, muy lejos... O con Celipín... o a la Trascava con mi madre, que aún está más lejos... (*Clavándose en el pecho las manos como garras.*) ¡A Aldeacorba no vuelvo más! ¡Aquellos ojos no me verán nunca! ¡Ampárame tú, Virgen santa! ¡Madre de Dios, madre mía, señálame tú mi camino! (*De improviso, por la izquierda, llega FLORENTINA gozosa, anhelante, iluminada, irradiando alegría, como una luz que la circunda y la corona. La Nela, alucinada al verla, cae de rodillas, a sus plantas.*)

FLORENTINA.—¡Nela!

MARIANELA.—¡Señora de los cielos!

FLORENTINA.—(*Acudiendo a ella, desconcertada un punto.*) ¿Qué dices? Levántate, muchacha...

MARIANELA.—Dame tu mano, Virgen mía... Guía mis pasos tú... (*Se levanta.*)

FLORENTINA.—¡Pero, Nela! ¡Nela! (*La abraza conmovida.*) ¿Qué tienes? No me asustes..., no desvaríes, por Dios... ¡Nela!

MARIANELA.—(*Como despertando de un sueño.*) La señorita Florentina...

FLORENTINA.—Sí; yo soy. ¿Es la alegría la que te ha trastornado?

MARIANELA.—Sí, la alegría, sí...

FLORENTINA.—¿Sabes ya lo que pasa?

MARIANELA.—Sí... Celipín se lo ha oído a don Carlos...

FLORENTINA.—¡Y yo vengo corriendo desde Aldeacorba a decírtelo a ti! ¿Por qué no fuiste con el doctor, a sufrir y a gozar todos juntos? ¡Qué momento, Nela, cuando le descubrieron los ojos a mi primo! Su grito, su gesto, nos sobrecogió a todos. Retrocedía espantado, cerrándolos como si le asustara ver...

MARIANELA.—¡Pobrecito!

FLORENTINA.—¡Qué cosa! ¡Qué milagro de Dios! En seguida el doctor volvió a vendarlo, y él, excitadísimo, trastornado, febril, pidió con ansia que lo dejara ver de nuevo. Don Teodoro tuvo que complacerlo, para que se calmase... Y entonces, Nela, la primera cara que vió fué la mía. Y ¿qué dirás tú que se le ocurrió preguntar? «¿Es ésta la Nela?» ¡Claro! Creía que estabas allí con nosotros. Y cuando se enteró de que era yo su prima, comenzó a gritar: «¡Bendito sea el sentido que permite gozar de esta luz divina!» Y luego me dijo: «¿Qué tienes en tu cara, primita mía, que parece

la misma idea de Dios puesta en carne? De tu cara salen como unos rayos... Estás en medio de una cosa que debe de ser el sol...» Y el doctor, oyéndolo, secreteaba con mi padre: «Principia a hacerse cargo de los colores.» Ven allí, ven conmigo; que Pablo quiere verte.

MARIANELA.—¡Quiere verme!...

FLORENTINA.—Es natural, muchacha. Mira si preguntó por ti antes que por nadie. Ahora está descansando. En la alcoba no entra más que mi tío. ¡Qué alegría la del buen señor! ¡Qué llanto de alegría! Temimos que perdiera el juicio. Yo me puse a rezar y no pude: no sabía estar quieta. Y entonces pensé que mi mejor oración era venir en busca tuya. Y aquí me tienes. Me miras de un modo particular, chiquilla... ¿Por qué no dices nada? ¿No estás tú también contenta, como yo?

MARIANELA.—¿No he de estar contenta? Eso, sí...

FLORENTINA.—¡Corriendo y saltando he venido!

MARIANELA.—¿Por mí?

FLORENTINA.—Por ti, Nela; por ti, hermanita mía. Yo quisiera que en estos días nadie estuviese triste en el mundo; quisiera poder repartir mi alegría, echándola a todos lados, como echan los labradores el grano cuando siembran; quisiera poder entrar en todas las habitaciones miserables y decir: «Ya se acabaron vuestras penas; aquí traigo yo remedio para todos.» Pero como esto sólo puede hacerlo Dios, yo me conformo con hacer lo que alcanzan mis fuerzas. Nela, despídete de esta gente y de esta casa; di adiós a cuantas cosas han acompañado tu miseria y tu soledad y vente conmigo.

MARIANELA.—¿Yo? ¿Con usted?

FLORENTINA.—Conmigo sí. Yo he hecho a la Virgen una promesa, si le daba la vista a Pablo: la de recoger al pobre más pobre que encontrase, para hacerlo completamente igual a mí; para ofrecerle, no sólo mi bienestar material, sino eso que vale más que todas las limosnas: la consideración, la dignidad, el nombre... Tú has sido hasta aquí la cariñosa compañera de mi primo, su lazarillo, su guía en las tinieblas. El repite que ha visto con tus ojos y ha andado con tus pasos... Tú me perteneces, Marianela; mi pobre eres tú. Dejarás de serlo, y a mi lado serás mi hermana. Dame la mano. (*La Nela obedece maquinalmente.*) Ven conmigo. (*La Nela se desprende de ella.*)

MARIANELA.—No...

FLORENTINA.—¿Qué no?

MARIANELA.—No, señorita, no...

FLORENTINA.—No me llames ya señorita. Te he dicho que vas a ser mi hermana.

MARIANELA.—Eso no es posible.

FLORENTINA.—¿No ha de serlo? ¿Quién lo puede estorbar? ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Qué te pasa? ¿Por qué tiemblas, Nela? Estás convulsa, das diente con diente..., tienes frío... Ven conmigo, que yo te curaré.

MARIANELA.—(*Clavando sus ojos en el rostro de Florentina, con expresión de una congoja suplicante*). No puedo, señorita, no puedo...

FLORENTINA.—Pues haré que venga quien te lleve...

MARIANELA.—Si es que no puedo ir, señorita..., pero no porque me falten los pasos... Yo la quiero a usted, yo la quiero con todo mi corazón; yo la adoro como a la santísima Virgen... Déjeme que le bese el vestido.

FLORENTINA.—¿Qué haces, Nela? ¿Otra vez deliras?... Me das miedo.

MARIANELA.—Pero allá no iré... allá no iré.

FLORENTINA.—¿Por qué no has de ir allá, criatura? ¿Qué terquedad es esa? Anda, dame la mano,

MARIANELA.—(*Rehusándola.*) ¡No, no! No puedo, no puedo ir allá...

FLORENTINA.—Me asustas, Nela..., no sé comprenderte.

MARIANELA.—¡Pues no soy mala, señorita, no soy mala! (*Abrazándose a ella con ciego arrebato.*) ¡Yo quiero para ti y para él todo lo bueno de la tierra!

FLORENTINA.—¡Pues ven tú y la compartirás con nosotros!

MARIANELA.—(*Apartándose rápida y bruscamente de ella, casi de un salto, y huyendo hacia el fondo.*) ¡No! ¡Eso, no! ¡Ir allá, no! ¡Adiós, niña mía!

FLORENTINA.—(*Atribulada.*) ¡Pero, Nela! ¿Estás loca? ¿Huyes de mí? ¡Nela! ¡Hermana!

MARIANELA.—¡Adiós, niña mía, adiós! (*Desaparece.*)

FLORENTINA.—¡Nela! ¡Nela! (*Llorando.*) Pero, Dios mío, ¿qué es esto? ¡Nela!

MARIANELA.—(*Dentro, lejos.*) ¡Adiós, niña mía!

FLORENTINA.—¡Nela! ¡Nela! ¿Por qué se va? ¿Por qué me deja así? ¿Por qué no quiere mi cariño? (*Sale de la casa SEÑANA, inquieta y curiosa.*)

SEÑANA.—¿Quién grita? ¡Señorita Florentina! ¿Usted? Pues ¿qué sucede?

FLORENTINA.—La Nela que se escapa... que huye...

SEÑANA.—(*Colérica.*) ¿Que huye? ¿Que se escapa?

FLORENTINA.—(*Afligidísima.*) ¡Que rechaza lo que le ofrezco! ¡Que no quiere cosa ninguna al lado mío! ¿Qué le he hecho yo sino quererla? (*Se sienta en el banco, llorando.*)

SEÑANA.—(*Hecha un basilisco increpa a gritos a la Nela.*) ¡Ah, perra ladrona! ¡Este pago tenías tú que darnos a todos! ¡La hija de la Canela habías de ser! ¡Hipócrita! ¡Malina! ¡Viva o muerta daré yo contigo!

MARIANELA.—(*Aún más lejos.*) ¡Adiós, niña mía!

FLORENTINA.—¡Qué ingrata!

SEÑANA.—¡La Canela!... ¡la hija de la Canela!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación que fué de la señora de Penáguilas, en la casa de éste, en Aldeacorba. Una puerta a cada lado y otra al foro. La de la izquierda del actor, que es la más grande, da a una terraza que conduce a la huerta, y la del foro, al dormitorio de Florentina. Muebles sencillos, primorosos y bien dispuestos. Adviértese en la estancia el cuidado de una mujer hacendosa... y bonita. La cortina que hay en la puerta del dormitorio es de blanca batista, guarnecida de fino encaje. Por la puerta de la terraza penetran la luz y los gratos olores de la huerta. Es por la mañana, en octubre.

(*Don FRANCISCO PENAGUILAS está asomado a la puerta de la terraza, mirando a la huerta.*)

DON FRANCISCO.—Tarda don Teodoro... Está Pablo tan impaciente... (*Pausa.*) Hermosa mañana. La lluvia ha refrescado la atmósfera. (*Dentro, hacia la derecha, se oye la voz de PABLO.*)

PABLO.—¡ Papá !

DON FRANCISCO.—Aquí me tienes, hijo mío. (*Se aproxima a la puerta de la derecha, por donde Pablo sale. Trae vendados los ojos.*)

PABLO.—¿No viene todavía el doctor?

DON FRANCISCO.—Por este lado no aparece. Y él ya sabes que siempre viene por la huerta. Como no quiera sorprendernos hoy entrando por el otro lado.

PABLO.—Va a dar lugar a que me desespere, y sin su permiso, me quite yo la venda.

DON FRANCISCO.—No, no; cálmate; que ayer lo hiciste y se incomodó mucho.

PABLO.—De labios afuera: para tenerme a raya. Luego le escuché decirle a usted por lo bajo que ya no había cuidado.

DON FRANCISCO.—¡Ah, tunante! Pues sí que hay alguno. Bien claro lo repite él uno y otro día: «No se pasa de la ceguera a la luz, no se entra en los soberanos dominios del sol, como quien entra en un teatro. También en este nacimiento hay dolor.» Has de tener paciencia, chiquillo.

PABLO.—¿Más de la que tengo, papá? De todas las horas del día, no me dejan los ojos libres sino dos o tres. ¡Y es una iniquidad que lo tengan a uno tanto tiempo a oscuras, ¡Luz! ¡luz! ¡Así no se puede vivir! ¡Yo me muero! Necesito mi pan de cada día, necesito la función de mis ojos...

DON FRANCISCO.—Hora llegará, Pablo, en que la ejercites a tu placer... Sosiégate, por el amor de Dios..., sosiégate. Reflexiona. Esa excitación tuya, esa irritabilidad después del milagro, son una blasfemia.

PABLO.—¡Padre!

DON FRANCISCO.—Sí, hijo mío, sí; yo comprendo tus ansias. Pero en ti y en mí y en todos nosotros no debe existir hoy otro sentimiento que el de gratitud hacia Dios, que puso a nuestro paso un hombre como don Teodoro Golfín.

PABLO.—Cierto, muy cierto; yo me arrepiento de mis arrebatos. Mientras dure mi vida, todas mis palabras deben ser oraciones... Pero ¿por qué no viene ya el doctor? Mi prima Florentina, ¿por qué no me acompaña? La Nela, ¿dónde está?

DON FRANCISCO.—Tu prima ha salido con su padre; han ido a ver a doña Sofía. ¿Tú sabes la que van a armar unos y otros? ¡Y muy a mi gusto! Nuestra alegría debe difundirse como luz santa, alumbrar a todos, llegar a todas partes, hijo. Es necesario que haya un día, uno siquiera, en Aldeacorba y en Socartes, que nadie olvide nunca. ¡Un día en que todos adoren a Dios por obra y gracia nuestra!

PABLO.—(*Con vehemencia.*) ¡Sí, sí! Florentina se pasa horas y horas cortando patrones para hacer por su mano trajecitos a los niños de las familias necesitadas. ¡Qué buena es mi prima! Doña Sofía organiza yo no sé qué rifa benéfica...

DON FRANCISCO.—Una rifa, y una becerrada, y una riña de gallos, y una función de titiriteros... ¡No descansa aquella cabeza!

PABLO.—Y el tío Manolo creo que les va a dar una gran comida en el campo a todos los trabajadores de las minas.

DON FRANCISCO.—¡Ah, sí! Y don Carlos les ha ofrecido un jornal extraordinario este mes. Tenía que ser así, Pablo. Esta aventura nuestra debía tocar a todos los corazones.

PABLO.—¿Y la Nela?

DON FRANCISCO.—Hijo mío, no hay modo de cazarla.

PABLO.—¡Qué raro! Pero ¿cómo no ha venido ella espontáneamente? ¿Le han dicho que yo la llamo a todas horas? ¿No venía antes a preguntar por mí todos los días? ¿No sabe que ya veo?

DON FRANCISCO.—¿No lo ha de saber? ¿Quién lo ignora en estos lugares?

PABLO.—¡Entonces! No me explico... ¡Por qué no viene Marianela? Es tan vergonzosa esa chiquilla, tan modesta, que temo que le dé reparo venir, porque no estoy solo, como antes...

DON FRANCISCO.—Seguramente es eso.

PABLO.—¡Ah! Pues es menester que la traigan, que la convenzan; que le digan que yo la quiero ver. Ha sido mi compañera mucho tiempo; yo la quiero mucho... No es posible que yo la abandone.

DON FRANCISCO.—Pero ¡si fué la misma Florentina por ella, y no quiso venir..., y huyó la muy ingrata!

PABLO.—Ingrata, no; la Nela no puede ser ingrata.

DON FRANCISCO.—Que te lo cuente Florentina; que se tomó un disgusto tremendo... Hizo la promesa de recoger a un pobre, y eligió a Marianela. La iba a tratar como hermana suya. ¿Qué más podía pedir tu lazarillo, Pablo?

PABLO.—(*Con emoción, con preocupación.*) Es verdad... Ser hermana Florentina.... vivir a su lado... Yo quiero hablar con la Nela, padre.

DON FRANCISCO.—Bueno, sí..., a ver si podemos conseguirlo.

PABLO.—¡La pobre! (*Pausa.*) ¿Es bonita la Nela?

DON FRANCISCO.—¡La Nela! ¡Infeliz! Ya la verás, ya la verás... Bonita tu prima Florentina. A su lado, todas parecen feas.

PABLO.—Fué la suya la primera cara que vieron claramente mis ojos. ¿Se acuerda usted, padre?

DON FRANCISCO.—¿Cómo si me acuerdo? ¡Mil años que viva, tendré aquel momento presente!

PABLO.—Pues ¿y yo? ¿Y aquel otro primer momento en que salí del mundo de las tinieblas? ¿Cómo no recordarlo toda la vida? ¡Qué grito di más espantoso! Aún me resuena en el cerebro. El espacio ilimitado era para mí como un abismo en

que caía. Por instinto de conservación cerraba los ojos. ¡Qué absurdo! ¿Verdad? Entraban las imágenes en mi cerebro atropelladamente, con una especie de brusca embestida: a mí me parecía chocar con todos los objetos. Las montañas lejanas se me figuraban como al alcance de la mano. ¡Qué excitación en mis nervios, en mi fantasía! ¡Qué sacudida, qué trastorno en todo mi ser!

DON FRANCISCO.—Don Teodoro va a hablar del hecho en una revista de Ciencias. Dice que es el segundo caso de ceguera congénita que ha curado.

PABLO.—¡Oh! ¡Y yo lo leeré por mí mismo! ¡Bendita sea Dios que me ha concedido esta gracia! Mi interior está lleno de una hermosura que antes no conocía. ¿Qué cosas pudieron entrar en mí para causarme aquel terror? La idea del tamaño, que yo no concebía sino de una manera imperfecta, se me presentó clara y terrible.

DON FRANCISCO.—¿Y cuando viste aquel vaso de agua y dijiste que se te antojaba que la bebías con sólo verla?

PABLO.—¿Y cuando me presentó el doctor un espejo y yo me quedé absorto mirando aquello que me parecía agua dura y quieta, viendo allí mi imagen retratada? ¡Cuánto me río ahora de mi ridícula vanidad de ciego; de mi necio empeño de apreciar el aspecto de las cosas, sin vista! Creo que eternamente me durará el asombro que me produjo la realidad. ¡La realidad! Acaso Dios quiso darme una lección tremenda, haciéndome ver antes que otro alguno el rostro de mi prima. ¿Qué podía saber de la fealdad ni de la belleza quien vivió en la sombra?

DON FRANCISCO.—Refiriéndose a eso, un día, antes de resolverse a hacer la operación, me hablaba don Teodoro comunicándome sus dudas. Decía que era tu vida la vida interior; la vida de la ilusión pura; temía convertirte de ángel en hombre. Pero convino al cabo en que hacerte hombre era el deber de la Ciencia y el suyo.

PABLO.—Sí, sí; ya son exactas mis ideas; ya aprecio en su verdadero valor las cosas; ya conozco la realidad. Y en toda la realidad del universo no hay hermosura comparable a la de los ojos de Florentina. ¿Verdad, padre?

DON FRANCISCO.—Verdad mil veces. Y son más bellos todavía por la luz que les presta su alma.

PABLO.—Verdad también. Anoche me dijo que si la Nela no parecía, hoy recogía a otra pobre. (*Aparece sigilosamente en la puerta de la terraza TEODORO GOLFIN y hace a don Francisco una seña de que no le descubra. Después otra, indi-*

cándole que aleje a Pablo. Don Francisco las entiende las dos.)

DON FRANCISCO.—Temo que te hayas excitado mucho, hijo. ¡Pícaro palique! ¿Por qué no vuelves a tu cuarto?

PABLO.—Más me excitaba la soledad.

DON FRANCISCO.—Sí; pero yo quiero que cuando venga don Teodoro te encuentre allí.

PABLO.—¡Don Teodoro! ¡Lo que hoy me está haciendo padecer don Teodoro! ¿Ha entrado alguien?

DON FRANCISCO.—Aquí no, hijo mío. Anda, vete allá; que ahora iré yo a darte compañía en silencio.

PABLO.—Avíseme usted si llega Florentina. (*Se marcha por la puerta de la derecha.*)

DON FRANCISCO.—(*A Teodoro, con gran interés, así que se va Pablo.*) ¿Qué hay?

TEODORO.—Nada malo; no se inquiete usted. He cazado a la Nela.

DON FRANCISCO.—¡Por fin! ¡Cuánto va a alegrarse mi hijo!

TEODORO.—No le diga usted nada todavía.

DON FRANCISCO.—¿No?

TEODORO.—No. Déjeme usted a mí hablarle del caso.

DON FRANCISCO.—¡Ah! Bien.

TEODORO.—Váyase usted con él, mientras yo acomodo y tranquilizo a Mariquilla, y luego baje al patio a buscarme y hablaremos los dos.

DON FRANCISCO.—Conforme. ¿Y cuándo le quita usted hoy la venda? Está muy nervioso.

TEODORO.—Ya, ya. Tiempo hay de todo, don Francisco.

DON FRANCISCO.—Lo que usted haga está bien hecho. Hasta ahora. (*Vase por donde Pablo. Teodoro desaparece unos momentos. Queda la escena sola. Luego vuelve, trayendo a MARIANELA de la mano. Viene la muchacha como prisionera, avergonzada, recelosa, protestando en lo íntimo de su ser.*)

TEODORO.—¿Ves como no hay nadie? Llegamos a puerto seguro. Entra sin cuidado, chiquilla.

MARIANELA.—(*Temblorosa, asustada.*) ¿Y Pablo?

TEODORO.—Pablo no sale de su habitación sin permiso mío. No tienes que temer. Pero ¡qué bueno es esto! ¡La Nela, escondiéndose del pobre Pablo, y el pobre Pablo sin otro pensamiento que el de ver a la Nela!

MARIANELA.—Pablo no quiere verme ya.

TEODORO.—¡Pues no habla de otra cosa!

MARIANELA.—Pero no quiere verme.

TEODORO. — ¿En qué te fundas para creerlo? (*La Nela*

calla.) Ven acá. Quiero que hables conmigo con la confianza de otras veces. Haz cuenta de que soy tu padre.

MARIANELA.—Yo no tengo padre.

TEODORO.—Por eso. Pero, en fin, si lo prefieres, haz cuenta de que soy el cura de Villamojada, que viene a confesar a la Nela. (*La chiquilla sonríe con tristeza.*) Acércate a mí. (*Obedece y cae delante de él de rodillas, como si de veras se fuese a confesar.*) No, tonta; así, no; con menos ceremonia. Me falta la sotana para permitir que te arrodilles. Siéntate a mi lado. Así, así. Sospecho yo que deseabas encontrar una persona con quien desahogarte, a quien contarle tus penillas. ¡Pobre Marianela! Estás demasiado sola en el mundo.

MARIANELA.—Por eso quería quitarme de él.

TEODORO.—¡Qué disparate! ¿Y a eso ibas cuando te sorprendí en la boca de la Trascava?

MARIANELA.—Sí, señor.

TEODORO.—¿Ibas a arrojarte a aquel agujero espantoso?

MARIANELA.—Sí, señor. Primero, pensé escaparme con Celipín; pero luego me resolví a irme con mi madre. Allí está mi madre.

TEODORO.—¿De dónde has sacado tal idea? ¿A unos cuantos huesos sin vida llamas tu madre? ¿Crees que ella sigue viviendo, pensando y queriéndote en aquella caverna? ¿Nadie te ha dicho que las almas, una vez que sueltan su cuerpo, jamás vuelven a él? ¿Nadie te ha dicho tampoco que tu madre cometió un gran crimen al darse la muerte? El mismo que ibas tú a cometer. ¿Qué bien pensabas alcanzar arrojándote allí?

MARIANELA.—¡Ay! Un bien que quizá usted no comprenda: el de no sentir nada de lo que ahora siento.

TEODORO.—¿Tan doloroso es, Nelilla?

MARIANELA.—Para no pensar sino en la muerte, señor. Yo sé que los que se mueren y son buenos logran allá toda la ventura que aquí les falta.

TEODORO.—Pero si yo te he conocido hace unos días gozosa y satisfecha, ¿cómo puede ser este cambio? ¿Cómo ahora no quieres vivir?

MARIANELA.—¡Vivir sí que quisiera!

TEODORO.—¿Quisieras vivir e intentas matarte?

MARIANELA.—¡Pues quisiera vivir!

TEODORO.—Pues vive, criatura. En esta casa te quieren todos. ¿Por qué rechazas la mano fraternal que te tiende la señorita Florentina?

MARIANELA.—(*Con energía.*) ¡Porque esa mano es la que me mata!

TEODORO.—¿Qué dices?

MARIANELA.—¡Eso, eso digo!... ¡Lo que me ofrece la señorita Florentina es la muerte!

TEODORO.—¿La muerte llamas a una protección tan generosa? La muerte es la que tú ibas buscando en la Trascava.

MARIANELA.—Por huir de esa otra. ¡Entre las dos, aquélla; mil veces aquélla!

TEODORO.—Marianela, nunca te he visto de este modo... No sabía yo de tu rebeldía... (*Tomándole una mano.*) Estás febril, trastornada por el cansancio y el delirio... Los días que llevas de atormentado vagar te han traído a este estado de excitación y de locura. Serénate, muchacha... Todo se puede remediar. Respóndeme a esto: ¿eras tú dichosa antes de que yo llegara a Socartes?

MARIANELA.—Sí, señor.

TEODORO.—¿Y cuándo has dejado de serlo?

MARIANELA.—Cuando usted vino.

TEODORO.—Pues ¿qué males he traído yo, criatura?

MARIANELA.—Ninguno: no ha traído usted sino grandes bienes.

TEODORO.—Yo he dado la vista a tu amo; ¿no me agradeces esto?

MARIANELA.—(*Entre lágrimas.*) Mucho, sí, señor; mucho.

TEODORO.—Y Pablo te quiere. Día y noche no deja de llamarte. No parece sino que la luz de sus ojos no la quería sino para ver a la Nela.

MARIANELA.—(*Con despecho y brío.*) ¡Para ver a la Nela! ¡Para ver a la Nela! ¡Pues no verá a la Nela! ¡La Nela no se dejará ver!

TEODORO.—¿Y por qué no?

MARIANELA.—¡Porque no! ¡Porque la Nela no quiere que la vean nunca aquellos ojos que han visto ya a la señorita Florentina! ¡Las cosas feas se deben morir!

TEODORO.—¡No, hija mía, no! Esa es una idea equivocada, absurda. Tú, por haber vivido en salvaje contacto con la Naturaleza, es natural que discurras así. Pero hay belleza superior a la de la hermosura: dones del alma, Nela, que ni son ajados por el tiempo ni están sujetos al capricho de los ojos. ¡Que las cosas feas se deben morir! (*Bromeando.*) ¡Ave María Purísima! ¿Tú me has mirado bien a la cara? ¿En dónde debería yo estar entonces? (*Marianela sonríe.*) Pero si eso es absurdo, ese grito de tu corazón me ha hecho ver en

él tan claro como en los ojos de tu amito. Sí, Nelilla, sí; yo sé bien lo que a ti te ocurre...

MARIANELA.—¿Lo sabe usted?

TEODORO.—(*Mirándole a los ojos.*) Como si lo estuviera leyendo. (*La Nela, avergonzada, se cubre el rostro con las manos.*) ¡Y es tan lógico que hayas dado ahí!... Eres sentimental, eres soñadora... Ni entre las cestas en que duermes está quieta tu fantasía. Has llevado con Pablo la vida libre y poética de la Naturaleza, siempre juntos, en inocente intimidad... El es discreto, apasionado, noble; su corazón y su inteligencia cautivan. No es extraño que te haya enamorado a ti, que eres una niña casi mujer, o una mujer que parece niña. ¿Le quieres mucho; le quieres más que a todas las cosas?

MARIANELA.—(*Sollozando.*) Sí, señor..., le quiero más que a todas las cosas que ha hecho Dios y que pueda hacer... Si mi amito se hubiera muerto, yo no viviría, porque también me hubiera muerto.

TEODORO.—Y es claro: no puedes soportar la idea de que él te deje de querer.

MARIANELA.—¡No, no, señor!

TEODORO.—Te ha dicho palabras amorosas, te ha hecho juramentos...

MARIANELA.—¡Aunque así no hubiera sido, no lo soportaría! Pero sí que me los ha hecho, sí. Me ha dicho cien veces que yo sería su compañera por toda la vida. Y yo lo creí.

TEODORO.—¿Y por qué no ha de ser verdad?

MARIANELA.—¡Porque no puede ser! Fué verdad mientras él, allá en sus tinieblas, me tenía por bonita. Pero ahora...

TEODORO.—(*Traspasado de compasión.*) Ahora... ya veo que yo tengo la culpa de todo.

MARIANELA.—La culpa, no..., porque usted ha hecho una buena obra... Es un bien que él haya sanado de sus ojos..., pero, después de esto, yo debo desaparecer... No me verá, no... No me comparará con la señorita Florentina, porque eso sería comparar el sol con un pedazo de espejo roto. ¿Por qué nací? ¿Por qué me hizo Dios fea, si había de darme este corazón? ¿De qué me sirve más que de tormento? Me empuja a aborrecer, y yo no quiero aborrecer... Por eso huyo... Ya ven los ojos de mi amo..., ¿verdad?... Pues yo en la sombra ahora, en las tinieblas, debajo de la tierra

misma..., donde su luz no llegue. (*Silencio. La Nela llora acongojada.*)

TEODORO.—Dime: la protección de la señorita Florentina, ¿qué sentimiento ha despertado en ti?

MARIANELA.—¡Miedo!... ¡Vergüenza!... ¡Vivir con ellos, viéndolos juntos a todas horas!... ¡Porque se casarán, se casarán!

TEODORO. — Pero Florentina es muy buena; te querrá mucho...

MARIANELA.—Yo la quiero también a ella; pero aquí, no; en Aldeacorba, no. (*Con exaltación y desvarío.*) Ha venido a quitarme lo que es mío...; porque era mío, sí, señor..., era mío. Florentina es como la Virgen... Yo le rezaría..., pero ha venido a quitarme lo que es mío..., ¡me lo ha quitado ya! ¿Adónde voy yo ahora? ¿Qué soy ni qué valgo! ¡Lo perdí todo! ¡Me voy con mi madre!

TEODORO. — (*Deteniéndola fuertemente por la muñeca.*) Ven acá. Desde este momento, que quieras que no, te hago mi esclava. Te cazo con trampa en medio de los campos, fierecita silvestre. No has de hacer sino lo que te mande yo. Allá veremos si sé tallar este diamante. Yo descubriré otro nuevo en tu alma. Yo te enseñaré que hay una preciosa virtud, la madre de todas, la humildad, cuyo germen vive dentro de ti, por la cual gozamos al vernos inferiores a nuestro prójimo... Yo te enseñaré que la abnegación y el sacrificio dan horas felices... ¡Pobre Nela! Has nacido en una sociedad cristiana, y ni siquiera eres cristiana... Pero todo lo sabrás; tú serás otra; tú dejarás de ser la Nela, yo te lo prometo. Adelante, adelante.

MARIANELA. — (*Como sugestionada por las palabras de Golfin.*) Bueno..., sí, señor..., yo no me separaré de usted, seré su esclava, como usted ha dicho...

TEODORO.—Así me gusta.

MARIANELA.—(*Con súbito miedo.*) Pero ¡lléveme usted de aquí..., vámonos de esta casa!

TEODORO.—¿Por qué, inocente?

MARIANELA.—¡Porque no quiero estar aquí! (*Estremeciéndose de pronto y ahogando un grito.*) ¡Oh!

TEODORO.—¿Qué? ¿Qué tienes, Nela? (*Tocando su frente y sus manos.*) Chiquilla, estás helada... ¿Qué te pasa, mujer?

MARIANELA.—(*Con espanto y angustia.*) ¡Viene!

TEODORO.—¡No!

MARIANELA.—(*Queriendo esconderse entre los brazos de Golfín.*) ¡Sí, sí viene! ¡Es Pablo! ¡Es Pablo!

TEODORO. — No, tontuela..., no es Pablo... Cálmate... ¿No ves? (*Señalando a la puerta de la terraza.*) Es la señorita Florentina.

MARIANELA.—(*Separándose de él amedrentada, inquieta, turbadísima, la mirada baja.*) ¡La señorita Florentina!... (*Llega FLORENTINA, en efecto. Viene tocada de un sutil y negro velito, que realza su hermosura.*)

TEODORO.—¿Eh, qué tal?... ¿Soy buen cazador de mariposas?

FLORENTINA.—(*Sorprendida y alegre.*) ¡Marianela!

MARIANELA.—(*Mirándola con inefable expresión.*) Señorita...

FLORENTINA. — (*Acercándosele, cariñosa.*) ¿Por fin has querido venir a vernos?

TEODORO.—No, no; por fin he conseguido yo que venga. (*Marianela baja los ojos.*) Esta picarona se había vuelto loca y andaba errante por esos campos de Dios, comunicándose con el sol, con la luna, con los árboles y con las peñas, sus amigos y consejeros de toda la vida. ¿Verdad, Nela?

MARIANELA.—(*Tímidamente.*) Sí, señor; sí.

TEODORO.—Pero ahora lo vamos a ser nosotros, que por lo menos hablamos más claro.

FLORENTINA.—Y la queremos más, aunque la hayamos conocido más tarde. Y aunque ella no nos quiera.

MARIANELA.—Yo sí les quiero a ustedes mucho.

FLORENTINA.—¿En dónde la ha encontrado usted?

TEODORO.—Por ahí. Me dieron el soplo del sitio en que estaba...

FLORENTINA.—¿Quién?

TEODORO.—El perro.

FLORENTINA.—¿«Choto»?

TEODORO.—«Choto». ¡Pregúnteselo usted!

FLORENTINA.—¡Y me contestará! Porque no le falta más que hablar a ese animalito.

TEODORO.—Ni aun eso: habla también. Venía yo para acá distraído, cuando de repente veo que «Choto» se llega a mí, jadeando y dando brincos y vueltas y más vueltas. Yo, aunque sé algunas lenguas, en la canina estoy poco fuerte, y no le hice caso. Pero «Choto» entonces me empezó a insultar a ladridos, repitió con mayor anhelo sus vueltas a mi alrededor, y me vino a decir, con todas sus letras, que echara pie atrás y que lo siguiese. Y lo seguí en buena hora...

y dimos con esta pajarita. Hay que recompensar a «Choto». *(Marianela está pálida, descompuesta, con señales de una espantosa alteración física y moral. Florentina lo advierte y se le acerca de nuevo con gran cariño.)*

FLORENTINA.—Pues aquí..., en mi alcoba... (*Cogiéndola de la mano.*) Ven. (*La Nela dirige una mirada a Teodoro.*)

TEODORO. — ¿Qué quieres? ¿Irte mejor conmigo? (*La Nela calla.*) Con franqueza: ¿me quieres a mí más que a Florentina?

FLORENTINA.—Dilo; yo no me enojo. (*Sonríen Golfín y Florentina. Marianela mira a una y a otro sin contestar. Por último, fija sus ojos en Golfín.*)

TEODORO.—(*Bromeando.*) Se me figura que soy el preferido. Sobre gustos no hay nada escrito, Florentina; pero si ha de escribirse algo, que no sea esto.

MARIANELA.—(*Esforzándose en sonreírle a Florentina y tendiéndole débilmente su mano.*) No se enoje usted.

FLORENTINA.—No, tonta. Anda, ven a mi habitación. Ahí descansarás.

TEODORO.—Sí, Nela; te hace falta dormir un poco... Déjate llevar por la señorita Florentina. Luego volveré yo a seguir charlando contigo, y a llevarte en mi compañía, y a contarte un cuento precioso.

FLORENTINA.—Anda, ven. (*Amorosamente, conduce a su dormitorio a Marianela, que va profundamente abatida y marchita.*)

TEODORO.—(*Viéndolas trasponer las blancas cortinas de la alcoba.*) Si yo fuese pintor, pintaría ese cuadro. (*Se asoma luego a la terraza.*) Como pintaría ese arco iris que ahora mismo nace ahí en el bosque de Saldeoro y se apoya por el otro extremo tras de los cerros de Ficóbriga, junto al mar. *(Lo contempla un punto. Después, va a la puerta del dormitorio de Florentina y mira curiosamente hacia dentro.)* La arropa con todo cuidado y la acaricia... Y ahora la besa. (*Separándose de la puerta.*) Exactamente igual que mi cuñada Sofía hace con su perrito. (*Pausa. Medita, paseando.*) Es la misma bondad esta Florentina... Es más que la bondad: es la caridad misma, aposentada en una linda figura de mujer. (*Espera un instante. Sale FLORENTINA de su alcoba. Hablan a media voz.*)

FLORENTINA.—Pronto dormirá. ¡Pobrecita! Su postración y su tristeza me dan miedo. ¿No, doctor?

TEODORO.—La salvaremos, Florentina. Es inconcebible lo

que sufre ese alma. ¡Soberano espíritu mal alojado! El cuerpecillo es miserable.

FLORENTINA.—¡Qué lástima!

TEODORO.—¿Dónde pensará usted que la cogí? Fortuna ha sido el encuentro de «Choto».

FLORENTINA.—¿Dónde?

TEODORO.—En la misma boca de la Trascava, resbalando ya hacia el abismo.

FLORENTINA.—¿Quería matarse?

TEODORO.—Sí.

FLORENTINA.—(*Aterrada.*) ¡Jesús!

TEODORO.—Dice que su madre está allí dentro y que se iba a juntar con ella.

FLORENTINA.—¡Qué espanto! Pero ¿por qué quería matarse?

TEODORO.—(*Esquivando la contestación.*) Ya nos lo explicará. En cuanto a Pablo, ni una palabra de esto.

FLORENTINA.—¿No?

TEODORO.—No. Podría dañarle. Sobrados motivos de excitación tiene él para que añadamos uno tan poderoso. Hoy le dejo prisionero en su cuarto, en castigo de la barrabasada de ayer.

FLORENTINA.—(*Con vehemencia.*) Pero ¿ya no hay peligro ninguno?

TEODORO.—Ninguno. Sólo que conviene asustarle para que sea prudente. Y ahora voy al patio, donde me aguarda el patriarca.

FLORENTINA.—Está bien. (*Vuelve a la puerta de su dormitorio y observa desde allí a la Nela.*)

TEODORO.—¿Duerme?

FLORENTINA.—Creo que sí.

TEODORO.—Era natural. No tardaré en subir y trataremos de ella.

FLORENTINA.—Hasta luego entonces.

TEODORO.—Hasta luego. (*Vase por la puerta de la derecha. Queda sola la señorita de Penáguilas, cuyo ánimo parece conturbado por desconocidas emociones. Quítase el velito, que dobla y guarda cuidadosamente. Se asoma otra vez a su habitación, pendiente de la Nela. Al fin, se pregunta:*)

FLORENTINA.—¿Por qué huyó de mí esta criatura?... ¿Por qué después ha intentado matarse?... ¿Por qué me mira de ese modo?... (*Siéntase junto a la puerta de la terraza, dominada por estas ideas. A poco, por la puerta frontal sale*

PABLO, descubiertos los ojos, y se dirige derechamente a ella con gozoso semblante.)

PABLO.—¡Primita!

FLORENTINA.—¡Pablo! ¿Qué es esto? ¿Has visto al doctor?

PABLO.—No; no le he visto. ¿Ha venido ya?

FLORENTINA.—Si. Pero ¿quién te ha quitado la venda?

PABLO.—Yo solo.

FLORENTINA.—¡Como ayer! Va a reñirte.

PABLO.—Me defenderé. Me defenderás tú.

FLORENTINA.—Yo, no. Hay que hacer lo que él manda.

PABLO.—Tú verás cómo tengo disculpa. No te enfades conmigo, aunque siempre me pareces bonita. Oye lo que ha dicho. Estaba en mi cuarto, enteramente solo, esperando que llegara el doctor, pensando en ti, pensando en la Nela, hablando con todos sin hablar con ninguno, cuando entró Pachín buscando a mi padre.

FLORENTINA.—¿Pachín?

PABLO.—Pachín, ese pequeñuelo que lleva las vacas a la pradera.

FLORENTINA.—Si lo conozco, simple. ¡Pues charlo yo poco con Pachín!

PABLO.—Bueno, pues aproveché su entrada para darle suelta a mi ansia de hablar, y figúrate que me pregunta: «Señorito Pablo, ¿usted no ha visto nunca el arco iris?»

FLORENTINA.—¡Demonio de Pachín!

PABLO.—«¡Pues ahora mismo hay uno muy hermoso en el cielo!» ¿Quién oye esto, Florentina, y no se quita de los ojos cien vendas que tuviese, para ver esa maravilla de la luz? Sentí una curiosidad infinita, superior a toda mi prudencia, y corrí al balcón. Quedé asombrado al ver el arco iris; mudo de admiración y fervor religioso. No sé por qué, mirándolo, evoqué la armonía del mundo. Ni sé por qué tampoco, ante la perfecta unión de sus colores, me acordé de ti.

FLORENTINA.—¿De mí, Pablo?

PABLO.—De ti, Florentina. Igual sensación tuve cuando te vi por vez primera. El corazón no me cabía en el pecho; quería llorar, lloré..., y las lágrimas nublaron un instante mis ojos. Te llamé, no me respondiste..., no estabas junto a mí... Cuando mis ojos pudieron ver de nuevo, se había desvanecido el arco iris... Por eso he venido a buscarte.

FLORENTINA.—Para que nos riñan a los dos a la vez...

PABLO.—No nos reñirán. ¡Si yo estoy ya bueno!

FLORENTINA.—Le echaremos la culpa de todo al arco iris.

PABLO.—(*Riéndose.*) ¡Eso es! Dime: ¿dónde te has ido esta mañana?

FLORENTINA. — ¡Vaya una pregunta indiscreta! ¿A ti qué te importa?

PABLO.—¿No me ha de importar, si son pasos tuyos? ¿Qué has hecho? Dímelo. ¿Has ido otra vez en busca de la Nela?

FLORENTINA.—No; pero te aseguro que la Nela parece.

PABLO.—¿Sí?

FLORENTINA.—Sí. Muy pronto la verás. Le he encargado a «Choto» que la busque.

PABLO.—¡Qué ocurrencia! Pero, mira, «Choto» ha de encontrarla. Has hecho bien.

FLORENTINA.—¡No te digo!

PABLO.—¡Pobre Mariquilla! Tengo un ardiente deseo de verla. La protegeremos, ¿verdad? Hay que protegerla, Florentina. ¿No te parece?... Protegerla... (*Pausa.*) ¿En qué estás pensando, primita?

FLORENTINA.—En la Nela. Temo por su razón... No se me olvidará que la otra tarde me creyó la Virgen María y me besó el vestido.

PABLO.—La Nela, en su ignorante fe, simboliza en la Virgen María toda idea religiosa, de belleza, de bondad y de perfección. Por eso te confundió con ella.

FLORENTINA.—No digas herejías.

PABLO.—¡Infeliz muchacha! Tiene ideas muy extravagantes... La única luz que recibía su espíritu se la daba yo, que era ciego, que desconocía la realidad, y contribuía sin querer a aumentar sus errores. ¡Gracias a Dios, ya hay lógica en todas mis ideas, en todos mis afectos! ¡Florentina! Mira cómo tiemblo de dicha al lado tuyo.

FLORENTINA.—Bien, bien... Déjame. Anda, ya que has visto el arco iris, vuélvete a tu cuarto, cúbrete los ojos y no sepa nada de esto el doctor.

PABLO.—Ahora me marcharé. Cada día que pasa te encuentro más bonita que el anterior; lo que quiere decir que cada día descubro un imposible. Me parece que nunca te he visto bien hasta el momento en que te veo. ¡Si me cuesta trabajo creer que hayas existido durante mi ceguera! No, no; lo que me ocurrido es que naciste en el momento en que se hizo la luz dentro de mí; que te creó mi pensamiento en el instante de ser dueño del mundo visible.

FLORENTINA.—(*Llena de turbación amorosa.*) Pablo...

PABLO.—Escúchame, Florentina, o me muero. Tú te funde como todo lo que pienso yo, y tu persona es como un recuerdo para mi alma.

FLORENTINA.—¿Un recuerdo de qué?...

PABLO.—¿Lo sé yo acaso? Yo no he visto nada hasta ahora. ¿Habré vivido otra vida antes que esta? Es posible..., quizá... Lo único cierto, Florentina, es que yo, sin ver, tenía noticias de esos ojos tuyos, y que no me importaría quedarme ciego nuevamente después de haberlos visto.

FLORENTINA.—¿Quieres callar, Pablo? (*En este instante asoma, tras las blancas cortinas del dormitorio, el rostro angustiado y lívido de la NELA, quien desgarrada de dolor y sin fuerza apenas para tenerse en pie, escucha las palabras de los enamorados.*)

PABLO.—Tus ojos son los más hermosos que ha hecho Dios. ¿Qué son ante ellos ni las flores más lindas, ni las aguas más transparentes, ni los montes azules, ni la misma luz descomponiéndose en los cielos? Yo creí enloquecer un día con la idea de ver; si me hubieran dicho, y yo hubiera podido comprenderlo en mis sombras, que iba a mirar mi imagen retratada en tus ojos, hubiera enloquecido. ¡Florentina, luz de mi vida, amor mío, quiéreme como yo te quiero!

FLORENTINA. — Pablo... ¿Qué es esto, Pablo?... ¿Qué pasa por mí?... (*Separándose bruscamente de él, que la abraza.*) ¿Quién? (*Inopinadamente llega TEODORO por donde se marchó. De una rápida ojeada se hace cargo del cuadro y experimenta viva contrariedad.*)

PABLO.—¿Qué? (*Viendo a Golfín; con gran desconcierto.*) ¡Ah!... Señor doctor... (*Florentina, que al mismo tiempo que al doctor ve a la Nelu, baja los ojos ruborosa.*)

TEODORO.—(*A Pablo, enérgicamente.*) ¿Qué significa, Pablo?... ¿Por qué está usted así? Váyase a su cuarto ahora mismo y cúbrase inmediatamente los ojos.

PABLO.—Perdóneme usted.

TEODORO.—Son ya muchas imprudencias, Pablo. A su cuarto en seguida. (*Pablo se vuelve para obedecer, y ve a la Nela, que instintivamente ha salido del dormitorio de Florentina, y que parece una estatua de la tristeza.*)

PABLO.—¿Eh? ¿Quién...? (*Absorto.*) ¿Es esta la pobre que has recogido, Florentina? ¿Es esta quizá? (*Marianela da un paso hacia Pablo, tendiéndole su mano áspera y morena, y a su contacto lanza un grito desgarrador, en que grita toda su alma.*) ¡Oh! (*La Nela, como si sintiese atravesado el cora-*

zón por agudo puñal, vacila y va a caer. Florentina la auxilia, la sostiene.)

FLORENTINA.—¡Nela! (*Teodoro observa mudo e inmóvil, pero íntimamente alterado; con el ansia predecesora de las grandes catástrofes de la vida. Hay un silencio trágico.)*

MARIANELA.—(*Respondiendo al fin, con voz apenas perceptible, al grito de Pablo y a su mirada atónita.*) Sí..., señorito mío..., yo soy la Nela.

PABLO.—Eres tú..., eres tú...

TEODORO.—Retírese, Pablo; se lo ruego. Se lo ordenaré, si es preciso. (*Pablo echa a andar de nuevo, sin poder desviar sus ojos de Nela. Esta, entonces, le detiene llamándole, más bien que con la voz, con el gesto y con la mirada, que siente Pablo como si lo mirasen desde el fondo de una sepultura.)*

MARIANELA.—Pablo... (*Llégase Pablo a ella. Mariancla le coge una mano, y tomándole otra a Florentina, las une, las besa con supremo amor y las aprieta juntas contra su pecho. Y como si el esfuerzo realizado agotara las últimas energías de su grande espíritu y de su cuerpecillo mezquino y enfermo, cae desplomada en tierra. Acuden a ella Teodoro y Florentina. Pablo retrocede con espanto.)*

FLORENTINA.—¡Nela! ¡Hermana mía!

TEODORO.—¡Marianela! ¡Tenía que suceder!

FLORENTINA.—¡Nela! ¡Nela! Pero ¿qué es esto?

TEODORO.—¡Esto es la muerte, Florentina!

PABLO.—(*Balbuciendo.*) ¡La muerte!

FLORENTINA.—¿La muerte? Pero ¿qué la mata?

TEODORO.—(*Con desesperación.*) ¡Los ojos que la vieron!

PABLO.—(*Transido de dolor, anonadado.*) ¡Los ojos que la vieron!...

FLORENTINA.—¡Hermana mía! ¡Nela!

TEODORO.—¡Nela! ¡No hay remedio! ¡Es la muerte! La realidad, que ha sido para él nueva vida, ha sido para esta infeliz dolor y asfixia, la humillación, la tristeza, los celos..., ¡la muerte!

PABLO.—(*Expresando con infinita pena y amargura la tremenda conmoción de su alma.*) ¡La muerte! ¡La mataron mis ojos!

FIN

3. *Garcilaso de la Vega,* de M. Tomás.—5. *¿Quién?...,* de J. Ramos Martín.—6. *Mi niña,* de Fernández y Quintero.—7. *Cancela,* de Ochaíta y R. de León.—8. *La infeliz vampiresa,* de Torrado.—9. *Gente de bulla,* de José Tellaeche.—10. *Amuleto,* de Paso (hijo) y Sáez.—11. *El señorito Pepe,* de Luis de Vargas.—12. *Gloria Linares,* de A. Casas Bricio.—14. *¡Y vas que ardes!...,* de F. Ramos de Castro y Manuel López Marín.—15. *En poder de Barba Azul,* de Luisa María Linares y Daniel España.—17. *Madrinita buena,* de Pérez y Pérez.—19. *María Antonieta,* de Ardavín y Mañes.—29. *La dama duende,* de P. Calderón.—30. *Tú gitano y yo gitana,* de Casas Bricio.—39. *Como tú me querías,* de Navarro.—50. *¡Mujercita mía!,* de A. Paso.—51. *La fiera dormida,* de Arniches.—53. *Ya conoces a Paquita,* de Arniches.—54. *Ha entrado una mujer,* de Suárez de Deza.—55. *La señorita Polilla,* de D. España.—56. *Los que quedamos,* de Cenzato.—60. *La Prudencia,* de F. del Villar.—65. *La mentira del silencio,* de Julia Maura.—66. *Ambición,* de Suárez de Deza.—68. *¡Catalina, no me llores!,* de Suárez de Deza.—69. *Con los brazos abiertos,* de Navarro.—71. *La chica del gato,* de Arniches.—74. *La verdad de la mentira,* de Pedro Muñoz Seca.—75. *Cuando a Adán le falta Eva,* de Acosta.—77. *La patria chica* y *La mala sombra,* de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—80. *Cándido de día y cándido de noche,* de Suárez de Deza.—83. *La señorita Angeles,* de Pedro Muñoz Seca.—84. *La revoltosa* y *Las bravías,* de José López Silva y Carlos Fernández Shaw.—85. *La cruz de Pepita,* de Arniches.—86. *Agua, azucarillos y aguardiente* y *El chaleco blanco,* de Ramos Carrión.—88. *Nocturno,* de Suárez de Deza.—89. *El sosiego,* de José de Lucio.—91. *Usted tiene ojos de mujer fatal,* de Enrique Jardiel Poncela.—93. *Del brazo y por la calle,* de Armando Mook.—94. *Tres mil pesos,* de Darthés y Damel.—97. *Rigoberto,* de Armando Mook.—101. *El amigo Melquiades,* de Carlos Arniches.—102. *Cuatro corazones con freno y marcha atrás,* de Enrique Jardiel Poncela.—103. *Serafín el pinturero,* de Carlos Arniches.—104. *Los habitantes de la casa deshabitada,* de Jardiel Poncela.—105. *La Tela,* de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—106. *Los extremeños se tocan,* de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—107. *La Lola,* de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—108. *La venganza de don Mendo,* de Muñoz Seca.—109. *Pepe Conde,* de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—110. *Los tigres escondidos en la alcoba,* de Jardiel Poncela.—111. *El doctor Faustino,* de Luis Fernández de Sevilla.—112. *El*

niño de hielo, por Francisco Ramos de Castro.—113. *El rayo,* de Muñoz Seca.—114. *Las de Caín,* de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—115. *Madre Alegría,* por Fernández de Sevilla y Sepúlveda.—116. *El amor que pasa* y *Mañana de sol,* de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—117. *Los marqueses de Matute,* de Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.—118. *Un moreno y un rubio,* de Luis F. de Sevilla y Luis Tejedor.—119. *El último mono,* de Carlos Arniches.—120. *Las flores,* de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—121. *¡Qué solo me dejas!,* de Antonio Paso (hijo) y Emilio Sáez.—122. *El genio alegre,* de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—123. *El refugio,* de Pedro Muñoz Seca.—124. *La educación de los padres,* de José Fernández del Villar.—125. *Anacleto se divorcia,* de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—126. *Eran tres: un gitano y un marqués,* de Luis Fernández de Sevilla y Luis Tejedor.—127. *El conflicto de Mercedes,* de Muñoz Seca.—128. *El señor Adrián el primo,* de Arniches.—129. *La del manojo de rosas,* de Anselmo C. Carreño.—130. *El alfiler,* de Muñoz Seca.—131. *Seis despistados en busca del amor,* de Vicente Vila-Belda.—132. *De lo vivo a lo pintado,* de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—133. *El verdugo de Sevilla,* de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—134. *Don Armando Gresca,* de Adrián Ortega.—135. *El contrabando, Coba fina* y *La casa de los crímenes,* de Muñoz Seca.—136. *Los Gavilanes,* de Ramos Martín.—137. *Mi chica,* de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—138. *El armarito chino,* de Aldo de Benedetti.—139. *Puebla de las mujeres,* de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—140. *María Fernández,* de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—141. *Las «cosas» de Gómez, Clemente el bonito* y *Lola, Lolita, Lolilla y Lolo,* de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—142. *El último Bravo,* de García Alvarez y Muñoz Seca.—143. *La casa de Quirós,* de Carlos Arniches.—144. *El patio,* de S. y J. Alvarez Quintero.—145. *La enemiga,* de Darío Nicodemi.—146. *¡Que viene mi marido!,* de Carlos Arniches. — 147. *Cinco Lobitos,* de S. y J. Alvarez Quintero.—148. *¡Mecachis, qué guapo soy!,* de Carlos Arniches.—149. *La negra,* de José Fernández del Villar.—150. *Las ermitas,* de Luis F. de Sevilla y Rafael Sepúlveda.—151. *Nuestra ciudad,* de Thornton Wilder.—152. *La locura de don Juan,* de Carlos Arniches.—153. *La alegría de la huerta,* de E. García Alvarez y Antonio Paso, y *El asombro de Damasco,* de Antonio Paso y Joaquín Abati.—154. *Don Quintín el amargao o El que siembra vientos...,* de Carlos Arniches y Antonio Estremera.

NOTA.—Los números 1, 2, 4, 13, 16, 18, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 48, 49, 52, 57, 59, 61, 62, 67, 70, 72, 73, 76, 78, 79, 81, 82, 87, 90, 92, 95, 96, 98, 99 y 100 están agotados.

"ARBA"
CICERON, 16
MADRID